

NOVELAS BRILLANTES

PUNTO

ROJO

LOBOS EN HARLEM

Mark Halloran



LOBOS EN HARLEM

MARK HALLORAN

Colección PUNTO ROJO n.º 818

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS - MEXICO

COLECCION

PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

732 — Los muertos viajan.

En Colección ASES DEL OESTE:

593 — Un «Colt» en la sombra.

En Colección PUNTO ROJO:

815 — Sangre latina.

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 3S.275 — 1977

Impreso en España — Printed in Spain

1a edición en esta Colección: diciembre, 1977

© Francisco Bruguera — 1957

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de

Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallés (N-152, Km 21,650)

Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

TENÍA una novia pelirroja, siempre con vestidos lindos, siempre dispuesta a reír y divertirse; tenía en el bolsillo su buen fajo de billetes; tenía los pies fáciles para pisar a cualquier hora un «rock-and-roll»; tenía cada noche su vaso de cerveza entre los dedos...

¿De qué le valió todo esto? Lo mataron como se mata a un buey, de un mazazo en mitad de la cabeza.

Steve supo la noticia mientras estaba dándole un rato al taco en la sala de billares de la calle Hull.

—Les vi a ustedes juntos muchas veces, si mal no recuerdo —le dijo Chano, entornando los párpados para que no fuera a sus ojos el humo del pitillo que tenía en la boca—. Lo siento, Miller. Barrunto que va a dolerte.

Steve Miller se quedó mirando fijamente las tres bolas paradas en el centro del verde tapiz. Unos surcos aparecieron en las comisuras de sus labios.

—Debe de haber un error —repuso.

—No lo hay. El cuerpo llevaba la documentación encima. Ha sido identificado. —Chano alzó sus gruesos hombros—. Yo vengo de eso. Su madre ha estado allí.

—¿Un accidente?

—No tiene aspecto de accidente.

—Es imposible. A nadie podía interesarle matar a Johnny. No estaba metido en nada sucio.

—Quizá, no. —Chano esbozó una de sus húmedas sonrisas—. Yo no sé una palabra; pero no aseguraría eso ni de mí mismo, por si acaso.

—Hablabas de Johnny, no de usted —replicó Miller ásperamente.

Colocó el taco en su soporte, se puso la chaqueta y el gabán, y cogió el sombrero. Chano le observaba.

—No puede negarse —dijo.

Miller se detuvo frente a él.

—¿Qué es lo que no puede negarse?

—Que sabe usted elegir sus trajes. Y pagarlos. Se necesita hacer milagros financieros para que el sueldo —dé un detective...

El portorriqueño no terminó la frase. La mano derecha de Miller ascendió y le abofeteó, ¡zas, zas!, dos veces, una de ida, otra de vuelta.

Chano dio un paso atrás y se llevó las manos a la boca. Un torbellino de odio asomó a sus pupilas.

—No se equivoque conmigo —le advirtió Steve Miller, en tono desdeñoso—. Tengo mal genio. Lo heredé de mi abuela materna.

Chano no respondió una palabra. Miraba al suelo cuando Miller le volvió la espalda y se marchó.

Ante las oficinas del precinto, tres calles más arriba, había parado un coche que Miller reconoció como el del fiscal del distrito. Uno de los agentes del fiscal, que tenía cara de perro, conversaba con el sargento de guardia. Al llegar Steve Miller a la sala, en el piso superior, el teniente O'Neill salía del despacho del capitán pasándose un pañuelo por la frente.

Miller le preguntó:

—¿Quién se ocupa de lo de Johnny Saxon?

El teniente dijo:

—Usted.

—¿Desde cuándo?

—Desde ahora mismo. Lo he decidido al verle. Usted conocía a Saxon, según creo.

—¿Se lo ha dicho Chano Robles?

—Sí.

Miller no hizo comentarios. Señaló al despacho del capitán.

—¿Qué quiere el fiscal?

—Desahogarse. En esta demarcación se han cometido tres asesinatos en dos semanas. Está furioso.

—Lo de Saxon no puede ser un asesinato.

—¿Por qué no ha de ser un asesinato? —inquirió el teniente—. ¿Sabe usted algo concreto respecto a eso?

—Sé la clase de muchacho que era Saxon.

O'Neill titubeó.

—Mire, Miller, si ha de trabajar en el asunto, más vale que no empiece basándose en un prejuicio. Saxon ha sido asesinado: le partieron de un culatazo la cabeza. Le dieron el paseo. Ha sido encontrado junto a la tapia de un solar. Llevaba muerto, según el médico, más de doce horas, de manera que alguien ha debido arrojarlo allí al caer la noche, después de tener su cadáver oculto todo el día; de lo contrario, se le hubiera descubierto antes. En el lugar donde yacía no hay rastro de sangre. Si estos indicios no revelan un crimen, yo no me llamo Digby O'Neill.

—Hace dos años —replicó el detective—, un sujeto apellidado Barnes, que conducía su coche con unas copas de más, atropelló a un chiquillo en Nueva Jersey. El chiquillo murió en el acto. No había testigos. Barnes recogió el cadáver y se asustó tanto que no supo qué

hacer con él. Lo tuvo oculto en su coche cuarenta y ocho horas. Fue sorprendido cuando se disponía a arrojarlo al mar.

A O'Neill no semejó impresionarle la historia. Preguntó:

—¿Usted entiende de heridas?

—Sí.

—Vaya al depósito y examine la de Saxon. Me dejo cortar la mano si se la ha producido otra cosa que la culata de una pistola. Es ridículo pensar en un automóvil.

Miller cambió bruscamente de tema:

—¿Interviene el Departamento Central?

—El teniente Duchesne, de la Brigada de Homicidios.

—¿Qué debo hacer?

—Su trabajo, no se preocupe. Si Duchesne quiere algo, ya le avisará. ¿Usted le conoce?

—No.

O'Neill consultó su reloj.

—Bien, poco importa. Traiga mañana por la mañana su informe.

Cuando Miller bajó, el sargento y el agente del fiscal continuaban charlando.

La madre del pobre Johnny Saxon vivía en una vieja casa del alto Harlem, cerca de la boca del metro. Miller estuvo una vez allí. Había que subir a pie hasta el cuarto piso, por una escalera oscura que olía a excrementos de gato.

La puerta ahora estaba abierta. Dentro, en el vestíbulo del humilde apartamento, dos mujeres cuchicheaban. En el contiguo comedor se veía a media docena de personas. Las feas lámparas pasadas de moda, los oscuros muebles, el empapelado de las paredes, con sus horribles flores de color castaño, todo daba al lugar un aire lúgubre.

«Me iré lo antes posible», pensó Miller.

El ambiente le ponía los nervios de punta. Odiaba por sistema la fealdad, la incomodidad, la oscuridad, el frío, el mal gusto. Su vida había sido una continua lucha para librarse de ellos.

La señora Saxon estaba sentada en el deslustrado diván del comedor, vestida de negro, con la cara devastada por las lágrimas y la expresión ausente. Johnny, a su modo, había sido un buen hijo. Mejor de lo que muchos suponían. Miller lo sabía de sobra.

Avanzó hacia el diván, tomó la mano de la mujer y pronunció unas palabras de condolencia. La señora Saxon le miró fijamente. No parecía reconocerle, ni oírle siquiera. Pero, de pronto, dijo en voz baja:

—Usted es Steve Miller.

—En efecto.

—Johnny me hablaba con frecuencia de usted. Steve Miller, el

policía... Le admiraba.

Miller se pasó la lengua por los labios.

—Ha sido la única persona en el mundo que me ha admirado —respondió—. No lo olvidaré nunca.

—Señor Miller...

—Señora, su hijo era amigo mío. Daré mi vida si es preciso para que esto no quede así, y le juro que el canalla... Bueno —Miller respiró profundamente—, usted me comprende, señora. Le ruego que disponga de mí como si yo fuera el propio Johnny. Me ocuparé de todo lo necesario. En cuestión de dinero...

—Gracias. —La voz de la señora Saxon se hacía por momentos más baja y más débil—. El señor... el señor Pullman —semejó costarle un esfuerzo recordar el nombre— ha sido muy generoso. No necesito nada en ese sentido. Gracias de corazón, señor Miller.

El detective arrugó el entrecejo.

—¿Pullman?

—Ahí está —la mujer señaló con un movimiento del mentón hacia el fondo de la pieza—. Dice que tenía con Johnny una deuda de cinco mil dólares. Me ha entregado un cheque.

—Ya —articuló Miller, sin expresión—. De todos modos, recurra a mí para cualquier cosa que precise. No es un cumplido, señora Saxon. Es algo que deseo de verdad.

—Le creo. Cumpla usted con su deber, señor Miller. Si hay un culpable en mi desgracia, encuéntrelo. No quiero venganza, pero... pero si se pudiera evitar que otra madre pase algún día por lo que yo estoy pasando...

Un sollozo cortó el hilo de su voz.

—Lo juro —dijo el detective.

Retrocedió. Sentía ganas de escapar de aquello. Lo que más temía en el mundo era su propia debilidad.

Miller miró al fondo del comedor. No había reparado al entrar en el hombre que se hallaba en pie allí, apoyado en la pared, porque lo disimulaba la sombra de un aparador, pero ahora le vio perfectamente. Era de mediana estatura, muy rubio, de rasgos acusados. Vestía un elegante gabán gris. Por alguna razón imprecisa, indeterminable, su presencia en aquel lugar desentonaba.

Cuando el detective echó a andar hacia la salida, el hombre se le unió.

—Usted debe ser Steve Miller —indicó.

Hablaba de una manera suave y sibilante.

—Y usted Max Pullman —repuso Miller, en un tono vagamente cargado de hostilidad. Examinó al hombre bajo la luz del vestíbulo. Era más joven de lo que había supuesto; tendría quizá treinta años—.

Ignoraba que hubiese nada entre usted y Johnny. Nada, por lo menos, tan importante como cinco mil dólares.

—Era reciente.

—Tenía que serlo. Los negocios de Johnny jamás se relacionaron con los suyos.

Pullman, en la puerta de la escalera, cedió el paso al detective.

—Que usted sepa. ¿No es eso lo que quiere decir?

—Yo conocía bien a Johnny.

—¿Y a mí?

—Tengo referencias. He visitado dos veces su gimnasio. He asistido a los combates de algunos de sus luchadores. Interrogué a Lou Ciclone cuando le detuvieron por embriaguez y escándalo público, el mes pasado.

—¿Eso es todo?

—He tratado a otros hombres de su estilo. Sé a qué atenerme.

Pullman rió.

—Lo dice como si estuviera prevenido contra mí.

—Digo sólo que sé a qué atenerme.

Salieron a la calle. Pullman levantó un poco la manga de su gabán para consultar el reloj.

—¿Quiere que le acompañe? Tengo el coche a la vuelta de la esquina.

Miller asintió en silencio. El coche era un «Thunberlird» rojo que quitaba la respiración.

—Déjeme en Broadway.

Pullman conducía con una distraída sonrisa en los labios.

—Ahí, en casa de esa pobre mujer —comentó—, parecía usted bastante afectado. No es corriente que un policía se tome las cosas de ese modo.

El detective le miró de reojo.

—Es menos corriente aún que alguien le deba cinco mil dólares a un hombre como Johnny Saxon.

—Usted no cree en esa deuda.

—No.

—Acierta. Yo no le debía a Johnny nada. Pero era lo menos que podía hacer por su madre, ¿no le parece?

—¿Usted? ¿Qué obligación tenía usted?

Pullman enarcó las cejas.

—¿Cuándo habló usted con Johnny la última vez?

—No lo sé. —Miller trató de recordar—. La semana pasada. Hacia el jueves, o cosa así.

—Johnny trabajaba para mí desde el sábado... Le di un puesto en mi

departamento de publicidad.

—¿A Johnny Saxon?

—¿Por qué no? Johnny me hizo un gran favor sin estar obligado a ello, y yo soy un hombre agradecido. Quise, a cambio, asegurar su porvenir. No he tenido tiempo, de modo que me he creído en el deber de no abandonar a su madre. Ha sido una cosa tan inesperada... Me refiero a su muerte, claro está. ¿Es usted; acaso, quien se ocupa de la investigación?

Miller no contestó a la pregunta.

—¿Cuál fue el favor?

—El jueves pasado, por la noche, monté mi velada semanal en el Harlem Ring. Se jugó sucio bajo mis narices, y Johnny lo supo y me dio el soplo. Me salvó de perder veinticinco mil pavos.

—Explíqueme eso.

—Hay poco que explicar. ¿Conoce a Congo King?

—Es uno de sus luchadores.

—Era. El jueves lo enfrenté a Babe Samson, del equipo de Iacoviti, y arriesgué veinticinco mil dólares por él. King es capaz de vencer a Babe con una mano atada a la espalda, pero organizó un tongo por su cuenta. El muy cerdo iba a traicionarme. Cuando Johnny me avisó, cambié la apuesta y le dejé hacer, como si no me hubiera enterado. Efectivamente, Babe Samson resultó ganador. Aquella misma noche puse a King en la calle. Pasará sus apuros para hallar quien le contrate de nuevo.

—Pero usted había cambiado la apuesta. ¿Cuánto ganó?

—Treinta y cinco mil.

El detective emitió un gruñido.

—No está mal. Los cinco mil de la madre de Johnny representa la séptima parte. Casi un quince por ciento de comisión.

—¿Le parece justo?

Miller se encogió de hombros.

—¿Sabe Congo King que fue Johnny Saxon quien le denunció?

—¿Por qué me hace esa pregunta?

—Por si acaso fuera un tipo rencoroso. Johnny ha muerto asesinado.

Habían llegado a Broadway, y Pullman detuvo el coche.

—Yo no se lo dije. Pregúnteselo a él. Si no ha alterado sus costumbres, le encontrará a partir de medianoche en el bar de Jack Finnegan. ¿Quiere anotar las señas?

—Conozco el sitio. Otra cosa, Pullman. ¿Cómo descubrió Johnny el tongo?

—Por casualidad, a través de Bluber, un agente de apuestas de cuarta categoría. Bluber se emborrachó y se le soltó un poco la lengua. Congo King jugaba seis mil dólares contra sí mismo, y Bluber se había

encargado de colocárselos secretamente. Me aseguré de que era verdad, por supuesto, antes de darle crédito a Johnny. Pero lo era.

Miller abrió la portezuela del coche para apearse.

—Muy bien. No veo exactamente a Johnny metido en ese fandango, aunque todo es posible. Gracias por su colaboración.

Pullman repitió:

—¿Se ocupa usted de las pesquisas?

—Sí.

—Vaya a visitarme mañana por la noche... Tarde, después de la velada. Me encontrará en el hotel Walcott. Seguir en contacto puede interesarnos a los dos.

El detective dijo que sí, se apeó y permaneció inmóvil en la acera, mientras el formidable coche rojo se alejaba.

Capítulo II

HABÍA otra persona que, en opinión de Miller, debía de estar llorando por Johnny casi tanto como lloraba su madre. Se llamaba Alma Crookes y vivía detrás de Broadway, en un edificio de apartamentos baratos. El detective llamó a su puerta cinco minutos después de haberse separado de Pullman.

Le abrió una muchacha que llevaba puesta una bata larga, la cara embadurnada de crema y el cabello lleno de rizadoros. Pareció cohibida al verle.

—Hola —dijo.

Miller la reconoció con cierta dificultad. Era Sally Hickok. Compartía la pieza con Alma Crookes.

—Lamento ser inoportuno. Tengo que hablar con Alma.

—No está aquí.

—Es muy urgente. ¿Adónde ha ido?

—¿Alma? Pero ¿no se lo ha dicho él?

—¿Quién?

—Johnny.

—¿Qué ocurre?

—Oh, no lo sabe. Alma se ha marchado. Ya no vive aquí.

—Bien. ¿Dónde vive?

La muchacha titubeó. Finalmente, abrió del todo la puerta.

—Pase. Por lo que veo, no es Johnny quien le ha enviado.

—Johnny no puede enviarme —dijo el detective. Miró a Sally a los ojos y añadió con lentitud—: Le ha pasado algo malo.

Ella le entendió enseguida.

—Quiere decir que...

—Sí.

Hubo un silencio. La muchacha respiraba agitadamente.

—¿Cómo ha sido?

—Un accidente. O quizá un asesinato.

Sally se sentó bruscamente en el diván.

—Santo Dios... No... no comprendo... ¿Johnny? ¿Ha muerto Johnny?

—Habrá que avisar a Alma, si no lo sabe.

Ella movió la cabeza en sentido negativo. Estaba como atónita. Su mirada se hallaba fija en los pies de Miller.

—¡Es horrible! —exclamó débilmente—. ¿Dice que ha sido un accidente o un asesinato? ¿No un suicidio?

—¿Por qué un suicidio?

—Porque... porque... Alma dejó a Johnny el viernes. Se pelearon. Johnny estaba furioso a consecuencia de lo de Svensen. Fue él quien lo dijo. Dijo que lo haría si ella le abandonaba.

—¿Qué iba a hacer?

—Matar a Svensen.

—Jamás oí mencionar a ese Steven —dijo el detective —¿Quién cuerno es? ¿Qué sucedía entre él y Alma?

—Yo pensé que se trataba de un capricho, pero, al parecer, era algo más grave. Alma había perdido la cabeza... Usted tiene que conocer a Svensen. Alto, rubio, con las sienes grises, siempre vestido como un lord inglés. Va algunas veces a Mankey's y a esos sitios donde se reúnen los fanáticos del jazz. Allí le conoció Alma.

—¿Hace mucho?

—Un par de semanas.

—¿Salía con él?

—Sí.

—¿Y Johnny?

—Alma se divertía con Johnny, pero ya no podía tomarle en serio. Le digo que había perdido la cabeza. Y no me sorprende, la verdad. Por un tipo como Svensen, yo la hubiera perdido también.

—¿Cómo fue la pelea del viernes?

—Johnny se había enterado de lo que pasaba. Estaba celoso, hizo una escena, y Alma le dijo que nunca había significado nada para ella, que muy bien para ir a bailar por ahí y divertirse, pero que lo de Svensen era otra cosa, y que se aguantara, o de lo contrario no volverían a verse más. Johnny contestó que no quería aguantarse, y entonces ella le despachó. «Sigue adelante con ese cerdo y le mataré, aunque luego no pueda escapar a la silla eléctrica», dijo él. Estas fueron sus mismas palabras.

—¿Usted estaba presente?

—Sí, aquí.

—¿Qué ha sido de Alma?

—No lo sé. Apenas Johnny se hubo marchado, llamó por teléfono a Svensen y le pidió que viniera a esperarla abajo con su coche. Recogió sus cosas, hizo las maletas, me dio un abrazo y se fue. No he vuelto a tener noticias suyas.

—Sally, escúcheme... —Miller se inclinó hacia la muchacha. Bajo su ridícula capa de crema, el rostro de ella debía de estar pálido. Sus ojos

expresaban emoción—. Johnny ha muerto de una manera rara, era amigo mío y, encima, estoy encargado de la investigación oficial.

Tiene usted que ayudarme. ¿Qué clase de tipo es Svensen? ¿Dónde vive? ¿En qué trabaja?

—Es... un hombre muy atractivo... Cómo le diré... John Wayne, pero más rubio y con los ojos más burlones. Tiene un buen coche y dinero largo. En qué trabaja, eso no lo sé. Dónde vive, tampoco. Sólo conozco su número de teléfono. Está anotado en ese cuaderno.

Miller tomó de la mesilla contigua al diván un cuaderno de direcciones con cubiertas de plástico rojo. Lo abrió por la ese. Llamó al precinto y le dictó el número de Svensen al sargento de guardia.

—Averigüe a qué señas corresponde. Volveré a llamar dentro de un rato.

Sally dijo:

—¿Está seguro de que Johnny no se ha suicidado?

—Es de lo único que estoy seguro. Murió de un golpe en la cabeza y su cuerpo ha aparecido abandonado en un solar.

La muchacha se estremeció.

—Señor Miller, ¿usted entiende esto? ¿Usted se explica que, de pronto, a unas personas normales y vulgares les ocurran estas cosas? Si yo fuera una supersticiosa ignorante, y crea que a veces deseo serlo, diría que Svensen ha traído de la mano al diablo. Johnny y Alma vivían felices antes de que él apareciera, ¡pero mire ahora!

—No vivían felices —replicó el detective. Retrocedió hacia la puerta y Sally se levantó del diván para acompañarle—. Era una ficción. La felicidad es siempre una ficción.

—Por favor, no diga eso.

Miller sonrió.

—Si sabe algo de Alma, comuníquelo inmediatamente al precinto, a mi nombre. Probablemente no estaré, pero me darán el recado.

Ella asintió.

—Se lo prometo.

Permaneció en el umbral, con su bata larga, su máscara de crema, sus rizadores, hasta que el detective hubo desaparecido en el ascensor. Miller, mientras bajaba a la calle, repitió mentalmente sus palabras: «Svensen ha traído de la mano al diablo.» ¿Fue Svensen quien lo trajo, en realidad? ¿O fue Max Pullman? ¿O fue alguien que no había aparecido aún? ¿Quién destrozó de tal modo la vida de Johnny? ¿Por qué?

El aire, fuera, era frío. Miller se arrebujó en su gabán y chistó a un taxi.

—Al Club Comercial, en la calle Cincuenta.

Estuvo pensando durante todo el trayecto en Johnny, pero pensando

en él como si se tratara de un desconocido. «¿Usted se explica que, de pronto, a unas personas normales y vulgares les ocurran estas cosas?» No, no se lo explicaba. Sin embargo, ¿hasta qué punto era Johnny normal y vulgar? ¿Hasta qué punto lo era Alma o lo era Sally Hickok, o lo era él mismo? ¿En qué consistía la normalidad?

Despidió el taxi frente al edificio chato y gris, pasado de moda, del club. Entró.

—Necesito hablar con el señor Murphy —dijo al conserje. No reveló su identidad de policía—. Es urgente. Me llamo Steve Miller.

El conserje transmitió el recado a un ordenanza.

—Por aquí, señor —murmuró el ordenanza, al regresar.

Murphy se hallaba en la sala de juego, en mitad de una partida de bridge. Era calvo, de frente abultada, nariz insolente y flacos labios, tal como Miller, que no le había visto nunca, lo imaginaba. Tenía las cartas extendidas ante sí, sobre la mesa.

Habló rápidamente:

—Soy el muerto en es la mano. Aprovéchelo para decir qué es lo que le trae, porque luego no podré atenderle.

—Sí podrá —replicó el detective. Mostró su credencial con discreción—. Lo que me trae no es asunto para tratarlo a la ligera.

Murphy tuvo un ligero sobresalto. Miró de reojo a sus compañeros de mesa, pareció tranquilizarse al ver que estaban absortos en el juego, y se puso en pie.

—Ya vuelvo.

Condujo a Miller a los sillones del fondo, donde no había nadie.

—¿Qué pasa? Es usted un policía, ¿no?

—Sí. He de hablarle de Johnny Saxon.

Murphy hizo una mueca de sorpresa.

—¿Cómo se han enterado?

—¿Enterado de qué?

—No, nada, una cosa que hubo entre él y yo. Diga, a ver si es lo mismo.

—Johnny Saxon ha muerto.

—¡Muerto! —exclamó Murphy, alarmado—. Oiga, no puede ser... Si es usted policía, es que se trata de algo irregular.

—Un asesinato, según las apariencias.

—Atiza —la abultada frente del calvo se perló de sudor—. Quién lo hubiera sospechado... ¿Cómo se le ha ocurrido venir a mí?

—Johnny era empleado suyo.

—¿Le han dado en mi casa las señas del club?

—No. Yo sabía de antemano dónde encontrarle... Johnny me había hablado con frecuencia de usted y de sus costumbres.

—De modo que usted le conocía,

—Sí.

—Como policía, ¿qué opinaba de él?

Miller enarcó las cejas.

—¿Por qué me hace esa pregunta?

—Verá... —Murphy encendió nerviosamente un cigarrillo. La noticia parecía haberle trastornado—. Tengo la impresión de haber cometido con Johnny una injusticia, y ahora que ha muerto..., ¿entiende?, la conciencia me remuerde un poco. Usted, sin duda, no ignora que Johnny era uno de mis corredores. Visitaba los bares, tomaba pedidos, no tenía quejas serias de él. Negligente, a veces, pero nada más. ¿Conoce mi negocio? En su precio, el mejor whisky, el mejor ron, la mejor ginebra del país. «Murphy Limitada», representaciones. Importación de marcas escocesas, inglesas, holandesas...

—Muy bien, lo conozco —dijo secamente el detective. Murphy hablaba con la rapidez de una ametralladora—. No se ande por las ramas.

El calvo suspiró.

—No. Johnny Saxon cometió el jueves pasado un desfalco en la caja.

—¿Fue el jueves?

—Sí. Lo descubrí por pura casualidad. Un caso de suerte. Johnny cobró el jueves los pedidos y escamoteó mil dólares al liquidarlos. Se dio la coincidencia de que yo necesitaba hacer en efectivo un pago urgente el viernes por la mañana, y aquella misma noche revisé la caja. Johnny no se había tomado siquiera la molestia de disimular su acción. La falta del dinero saltaba a la vista.

Miller preguntó, sombríamente:

—¿Le había dado con anterioridad motivos para sospechar de él?

—Nunca. Pero no tuve más remedio que considerarlo culpable. Allí estaban los comprobantes de cobro.

—Usted, empero, no le denunció.

—Cierto que no. Quise esperar. A la mañana siguiente, o sea, el viernes, le pedí explicaciones en cuanto apareció por el despacho. Tranquilo, se sacó del bolsillo un fajo de billetes, donde había quizá dos mil quinientos dólares, separó mil y los dejó sobre mi mesa. «Lo siento —dijo—. Fue una debilidad imperdonable, pero anoche este dinero me era de imperiosa necesidad. Pensaba devolverlo esta mañana, y usted nunca se hubiera enterado. Mala suerte.» Le pregunté en qué consistía la necesidad y se negó a contestarme. Usted comprenderá que no me quedaba otro remedio que despedirle. Lo hice, aun lamentándolo. No podía arriesgarme a que el hecho se repitiera con un desenlace menos feliz.

—¿Johnny abandonó el empleo aquella mañana?

—En aquel preciso momento. Y no he vuelto a saber de él hasta ahora. Me horroriza pensar —Murphy se atragantó con el humo de su cigarrillo—, me horroriza, digo, que el despido haya podido tener alguna relación con esa desgracia. Usted se ha referido... a un asesinato.

—Es lo que sugieren los indicios materiales. El cuerpo de Johnny fue arrojado a un solar doce horas después de muerto. Le quebraron la cabeza de un golpe.

A Murphy le temblaron las manos.

—¡Qué espantoso! ¿Cómo es posible que a Johnny Saxon le haya ocurrido una barbaridad así? ¿Tiene usted alguna pista?

—Ninguna. O quizá tenga demasiadas. —Miller miró hacia la mesa de juego—. Vuelva a su partida, señor Murphy. Están esperándole. ¿Puedo llamar por teléfono desde aquí?

—Naturalmente. Le acompañaré a las cabinas.

Ante las cabinas, el detective se despidió. Llamó al precinto.

—Ese número suyo —le dijo el sargento de guardia— corresponde al hotel Kranz. Está en Pelham Square.

—Gracias —murmuró Miller.

El hombre que trajo de la mano al diablo se había alojado en el hotel Kranz. Sería demasiado pedir que se alojara en él aún.

Capítulo III

NO fue demasiado pedir.

—El señor Svensen, departamento ochenta —dijo el empleado del escritorio—. Pero ha salido. No suele regresar hasta muy tarde.

—¿Vive solo?

—Solo.

—La señorita Crooker, Alma Crookes, ¿se hospeda también aquí?

El empleado hojeó rápidamente un fichero.

—No, señor.

—¿Se ha hospedado? ¿El viernes, día 14, por ejemplo?

—Su nombre no figura en el registro, señor.

—Esa es una respuesta indirecta.

El empleado forzó una sonrisa.

—Perdón, es negativa. Que yo sepa, ninguna persona de ese nombre ha residido en el hotel; y yo únicamente puedo saberlo a través del registro. No estoy de servicio permanentemente.

—¿Svensen recibe a muchas damas en su departamento?

—No me fijo en esas cosas, señor. La vida privada de...

Miller sacó del bolsillo su credencial.

—Aprenda a fijarse.

El empleado no se impresionó.

—La vida privada de los huéspedes no es de mi incumbencia —concluyó—. Pero, sí, el señor Svensen recibe con frecuencia a damas. No me pregunte sus nombres. Los ignoro.

—¿Son más de una?

—Una tras otra. Le duran poco.

—¿Cómo es la actual?

—No hay ninguna.

—Dígame la verdad. —Miller hablaba con suavidad amenazadora—. Mintiendo ganará poco, le pague Svensen lo que le pague por mantener la boca cerrada, pero puede perder mucho.

—No miento, inspector —el empleado sacudió convincentemente la cabeza—. No he visto a ninguna mujer desde hace días.

—Describa a la última que vio.

La descripción correspondía a una muchacha pelirroja, bien vestida,

muy joven, de mediana estatura. Al empleado parecía haberle agradado de manera especial su porte desenvuelto y gracioso. Era Alma Crookes, indudablemente.

—¿Vino con frecuencia?

—Dos o tres veces.

—¿Vino el viernes?

El empleado reflexionó. Contó con los dedos.

—No. No la habré visto desde el miércoles, o cosa así.

—¿Desde cuándo reside el señor Svensen en el hotel?

—Mes y medio.

—¿Buen huésped?

—De los mejores en todos sentidos.

—¿En qué se ocupa?

—Eso no lo sé. Negocios. Comercia con cereales, me parece.

—¿Es americano?

—Oh, sí. Habla con ligero acento del Medio Oeste. Recuerdo que le han llamado algunas veces desde Omaha.

—¿Qué coche tiene?

—Un «Buick» blanco y azul, de este año.

—¿Placa de Nueva York?

—Sí.

—Conforme, eso será todo. ¿Cuál es la mejor hora para encontrarle?

—Por la mañana, hasta las once.

—Mañana volveré. No necesita decirle que he venido. Es un asunto sin importancia.

El empleado improvisó otra de sus forzadas sonrisas.

—La gerencia del hotel se alegrará si lo es, inspector. Jamás hemos tenido con la policía roces de ninguna clase, y el señor Svensen no nos ha dado, por otra parte, el menor motivo de queja.

Miller se marchó sin replicar.

En la misma Pelham Square, a veinte metros del hotel, había un bar de aspecto melancólico. Desde su teléfono, el detective llamó al precinto.

—Tengo instrucciones para usted, Harrigan —dijo al sargento de guardia—. ¿Qué hora señala exactamente, en este momento, su reloj?

—Las diez treinta y seis.

—Pues atienda. Cuando señale las diez cuarenta y cinco marque el número que le di antes. Sí, el del hotel Kranz. A las diez y cuarenta y cinco en punto, ¿ha comprendido?

—Perfectamente.

—Al fulano que conteste al teléfono debe entretenerlo durante un minuto. Busque un pretexto cualquiera, cuénteles algo que retenga su

atención. Un chiste, si no se le ocurre otra cosa.

El sargento replicó, con aspereza:

—¿Le parece que esto entra en mis obligaciones?

—Sí —afirmó Miller.

Colgó.

Disponía del tiempo justo para tomar un café. Lo pidió y, mientras lo bebía, pensó de nuevo en Johnny. Comenzaba ya a habituarse a pensar en él como en una persona extraña. Nada de cuanto sabía acerca de su carácter, sus costumbres, su pasado, su vida cotidiana, su familia o su salud, parecía servir para esclarecer el misterio de su muerte. Miller tenía que basarse en cinco o seis días extraordinarios, durante los cuales, Johnny

hizo y fue lo que no había hecho ni sido nunca: desfalcó a Murphy, chivato a Pullman el tongo preparado por Congo King, dejó su empleo, riñó con Alma, amenazó con matar a Svensen, y murió de un golpe en la cabeza. Le era preciso reconstruir sus movimientos uno por uno, encadenar los hechos y extraer conclusiones. Por ejemplo, estaba claro que el chivatazo a Pullman no lo dio Johnny por pura filantropía. Los mil dólares sustraídos de la caja de Murphy fueron apostados aquella noche en favor de Babe Samson; de aquí que, a la mañana siguiente, Johnny tuviera en su poder un grueso fajo de billetes y pudiera sin dificultad saldarle a su patrón la deuda. Hizo un favor a Pullman, pero no se olvidó de hacérselo a sí mismo.

Y respecto a su asesino, ¿qué? Era escabroso hacer suposiciones. ¿Congo King, resentido porque Johnny le había truncado la carrera? ¿O Svensen, en defensa propia? ¿O ninguno de los dos?

Para acusar a Svensen había primero que suponer a Johnny capaz de llevar a efecto una amenaza melodramática pronunciada en un instante de apasionamiento. Miller no le suponía capaz, ¡pero le había ya dado Johnny tantas sorpresas!

Todo esto dejaba a Max Pullman al margen. Sin embargo, a un tipo como él no se le podía dejar al margen. Pullman era dueño del mejor gimnasio de Harlem y empresario de un formidable lote de luchadores. En los tres meses que llevaba en el distrito, Miller había tenido múltiples ocasiones de columbrar que tras esta apariencia deportivo-mercantil se ocultaba en realidad la fuerza de un cacique, utilizable lo mismo que los trapicheos políticos que en cualquiera de las formas del gangsterismo de barrio, inseparable de la vida social de Nueva York. Hasta dónde llegaba aquella fuerza, hasta dónde llegaría en caso de apuro, era lo que ignoraba aún.

El detective pagó el café, salió a la calle y anduvo hacia la puerta del hotel. Su reloj, que adelantaba quince segundos con relación al del sargento, señalaba las diez con cuarenta y cuatro minutos. Tenía que

esperar un minuto y cuarto.

Esperó. Apoyado en la pared, veía a través de los cristales de la puerta giratoria el escritorio y al empleado. Este, acodado en el mostrador, leía un periódico. Nadie entró ni salió durante la espera.

A las diez, cuarenta y cinco minutos, quince segundos, el empleado enderezó la cabeza; dejó el periódico; se volvió de espaldas para atender el teléfono.

El sargento Harrigan había cumplido.

Miller se agachó, empujó sigilosamente la puerta y entró en el hotel. Avanzó a lo largo del vestíbulo sin que sus pasos produjeran el más leve rumor.

El departamento ochenta estaba en el segundo piso. El detective empleó muy poco tiempo en franquearse la entrada con su llave maestra. Cerró la puerta a su espalda. Encendió la luz.

Miller recorrió la pieza. Una de las puertas daba a un dormitorio, seguido de un baño. La otra, a un pequeño estudio amueblado con una mesa, unos sillones y unos anaqueles en los que había cincuenta o sesenta libros.

Los libros fueron su primer objetivo. Exceptuada una enciclopedia en seis volúmenes, no encontró sino obras literarias de mediana calidad, narraciones policíacas, eróticas y de ficción científica. Pasó a la mesa. Sus cajones contenían únicamente un par de fotos y un manojo de cartas. Las dos fotos eran de mujeres: una, la de una rubia de expresión enigmática, que llevaba un vestido de noche pegado a la piel, largo hasta los pies y escotado proporcionalmente; otra, la de una muchacha de cara vivaz, graciosa nariz respingada y cabello revuelto. La primera era sin duda la de una artista, una cantante, a juzgar por su actitud; la segunda llevaba una dedicatoria que decía:

«Te querré siempre.

—Mary.»

Nada más.

También las cartas eran de mujeres. Miller tomó la que estaba encima y comenzó a leerla; pero apenas había llegado a un pasaje que rezaba «...lo que me hicieron sentir tus besos de fuego, amor mío, nunca podré olvidarlo», cuando interrumpió bruscamente la lectura.

El ascensor acababa de detenerse en aquel piso. Había otros muchos apartamentos, y Svensen, según el empleado, solía llegar muy tarde, lo que debía significar de madrugada. No obstante, impulsado por un presentimiento, el detective se precipitó al cuarto de estar, apagó la luz, regresó al estudio y permaneció a oscuras, junto a la puerta de

comunicación, que mantuvo entreabierta, acechando los pasos que sonaban en el corredor. Sus precauciones podían ser inútiles, estaba casi seguro de que lo eran, pero no quería privarse del beneficio de la sorpresa en caso contrario.

Y ocurrió el caso contrario. Miller contuvo la respiración al oír que una llave hurgaba en la cerradura.

La puerta se abrió y fue encendida la luz.

—Pasa, Betsy —dijo una grave voz de hombre.

«Sally Hickok estuvo en lo cierto», pensó el detective: él conocía a Svensen. Ahora recordaba haberle visto alguna vez en los clubs y las salas de baile del barrio preferidos por los amantes del *jazz*. Era una de las tantas figuras inclasificables de aquel extraño, histérico, oscuro, apasionado e inquietante emporio de la música negra. Medía metro noventa, o por ahí, y estaba tan bien constituido y vestía de una manera tan perfecta que ni siquiera parecía alto. Poseía un rostro de duros rasgos viriles, suavizado por unos ojos irónicos y penetrantes, de color entre castaños y verde. Su cabello era muy rubio, con unas hebras grises en las sienes que semejaban pintadas a propósito. Miller le comparó mentalmente a Johnny Saxon, e hizo una mueca. Venía a ser lo mismo que comparar un «Cadillac» último modelo con un triciclo de repartidor.

Luego se fijó en la muchacha. Le calculó poco más de veinte años. Llevaba un vestido negro y un abrigo de pieles, bonito, pero barato. Era asombrosamente bella. Tenía el cutis de un moreno dorado, luminoso, rasgados ojos pardos, boca carnosa. Su cabello castaño estaba cortado y peinado de una manera inimitable.

Había dado dos pasos hacia el interior del departamento y, mientras Svensen cerraba la puerta a su espalda, miraba en torno con una mezcla de sorpresa y temor.

—Pero, Axel —dijo—, ¿no íbamos a encontrar a otras personas aquí? Svensen consultó ostensiblemente su reloj.

—Se habrán retrasado —respondió con naturalidad. Arrojó el sombrero sobre un sillón y comenzó a despojarse del gabán—. Instálate a tu gusto, Betsy, como si estuvieras en tu casa. Prepararé algo de beber y pondré un poco de música mientras esperamos. Ven acá —dejó, el gabán con el sombrero y extendió las manos para ayudar a la muchacha a despojarse del abrigo de pieles—. Permíteme.

Ella retrocedió.

—Axel..., preferiría...

El la miró a los ojos.

—¿Qué?

—Tengo miedo.

—¡Miedo! —Svensen emitió una risa grave, cordial, que infundía confianza—. ¿Miedo de mí?

—De los dos. Estamos... solos.

—Betsy, querida, ¿me has tomado por un vulgar seductor?

—No es eso —murmuró la joven.

El la asió del brazo.

—Ven. Tranquilízate. Yo te...

La muchacha se soltó bruscamente y volvió a retroceder.

—No.

—Betsy, no seas niña.

La sólida y gallarda presencia del hombre hubiera podido dominarla por completo—; pero estaba lo bastante asustada como para no percatarse del dominio.

—No, no, ¡no! —protestó nerviosamente—. Vamos a dar una vuelta y regresemos cuando los demás hayan llegado..., si es que llegan. Lo lamento, Axel. No me siento a gusto, ¡compréndelo!

—No nos pongamos en ridículo —replicó él. La cordialidad se había esfumado de su voz. Esta era ahora autoritaria, firme, concluyente—. Esperaremos aquí, y si los demás no vienen, ¡tanto mejor! Basta de mojigaterías. ¿O te figuras que se puede jugar con un hombre como con un muñeco de trapo?

La joven dejó escapar un gemido y, súbitamente, giró en redondo y se precipitó hacia la puerta. Svensen la alcanzó. Sin el menor esfuerzo la apresó entre sus brazos y le cubrió con una mano la boca.

—Harás lo que yo te diga, paloma. Has ido ya demasiado lejos para retroceder. Si no sabes todavía andar por la vida, éste es el momento de que aprendas. No culpes a nadie. Tú te lo has buscado.

La muchacha se debatió desesperadamente. El hombre ni siquiera pareció notarlo. Manteniéndola asida, la apartó de la puerta.

Miller salió entonces del estudio.

Capítulo IV

SVENSEN no le vio hasta que le tuvo delante, cuando ya el puño del detective iba camino de su rostro. No pudo esquivar el golpe más que a medias. Lanzó un gruñido de asombro y dolor. Enseguida, empero, soltó a la muchacha para repeler el ataque y la apartó de sí de un empuellón.

Miller no volvió a usar los puños, a sabiendas de que de poco le servirían contra la envergadura, el vigor y el peso de su contrincante. Dejó que Svensen le acometiera. Cazó su brazo derecho y le aplicó una llave de judo, pero era sencilla y no bastó. Giró sobre sí mismo y alzó la rodilla para incrustársela a Svensen en el vientre. Cuando éste intentaba retroceder para evitar el impacto, le empujó, haciéndole perder el equilibrio, al tiempo que con las puntas de los dedos le propinaba un golpe en los músculos del cuello. Svensen se contrajo a causa del dolor, y entonces el detective le descargó de lleno el canto de la mano en los riñones. Svensen jadeó, se quedó indeciso y trató de apartarse. Miller le siguió sin perder el contacto y, también con el canto de la mano, le machacó primero la nuca, luego la nuez.

El hombre soltó un resoplido y cayó sentado. Pero no estaba fuera de combate. Se levantó de un salto. Atacó proyectando furiosamente los puños. Miller le agarró una mano y, al ver que adelantaba la otra, sin soltársela, le aplicó una salvaje presa de cuello.

Svensen emitió ahora un ronquido estertoroso. El detective deshizo la presa y le dejó libre, pero él continuó inmóvil, como si fuera de cartón, con la cabeza rígida, mirando fijamente ante sí. Miller le dio un bofetón que le llenó de sangre los labios. Un nuevo hachazo en la nuca le derribó definitivamente.

El detective puso orden en su gabán, se enderezó la corbata y se echó el cabello a un lado. La muchacha estaba mirándole en silencio, arrodillada en el lugar donde había caído. Su rostro expresaba todavía temor.

Miller dijo:

—Soy un agente de policía. Está segura ahora.

La oyó suspirar mientras él se dirigía a un aparador. Abrió sus compartimientos y encontró botellas de licor y vasos. Llenó dos de éstos con whisky escocés. Svensen sólo gastaba buenas marcas. En todo.

—Beba.

La muchachaapuró el whisky puro, tosió, y se le llenó de súbitos colores la cara.

—¿Quiere un cigarrillo?

—Sí, gracias.

Se lo dio y se lo encendió. Entonces empezaron a temblarle los labios.

—No tenga miedo. Le he dicho que soy un policía —Miller exhibió su credencial—. ¿Quién es usted?

La muchacha ahogó un sollozo.

—Me llamo Betsy Burke.

—¿Conoce a Svensen hace tiempo?

—Desde ayer.

—Aguarde un poco y la llevaré a casa. Primero he de aclarar con él algunas cosas.

Miller sacó del mueble un sifón. Se aproximó a Svensen, le volvió la cara con el pie y se la roció hasta que el sifón quedó vacío.

Svensen despertó y se puso rápidamente a gatas. La soda había empapado sus cabellos, su camisa y su traje, diluyendo la sangre que le manaba de la boca.

Tardó unos segundos en adquirir conciencia de la realidad. Miró al detective.

—Sea usted quien fuere —dijo Svensen, sin rencor—, pega duro. Condenación, ¡demasiado duro!

Se levantó trabajosamente.

—A un tipo como usted, nunca le pegarán demasiado duro —replicó Miller.

Svensen miró a la muchacha y le chispearon los ojos.

—Mis disculpas, Betsy. Creo que esta noche he bebido de más, o quizá es que tú resultas excesivamente atractiva para mis dotes de autodomínio. Lamento haberte brindado este espectáculo cavernario. Sin embargo, algunas mujeres juzgan halagador despertar al troglodita que los hombres del siglo XX llevamos todavía dentro. Me consuela la esperanza de que tú seas una de ellas.

Betsy procuró no mirarle.

—Ahorre saliva, Svensen —atajó el detective—. Va a necesitarla para contestar a mis preguntas.

Svensen se volvió hacia él. Se había serenado con rapidez increíble.

—Apuesto cincuenta contra uno a que es usted un policía disfrazado. No se me había ocurrido

—Supongamos que soy solamente un amigo de Alma Crookes.

—¿Usted?

—¿Por qué no?

Svensen vio los vasos de whisky y, como si esto le hubiera dado una idea, se dirigió al armario de las botellas y se sirvió una dosis en la que hubiese podido nadar un caballo.

—Pues entonces tenemos algo en común. Yo también soy amigo de Alma. Lo que no...

Miller, que le había seguido, dio un manotazo al vaso en el momento en que se lo llevaba a la boca. El vaso se hizo añicos en el suelo, formando un pequeño lago de licor. Un relámpago de cólera atravesó por las pupilas de Svensen.

—No estoy aquí para permitirle gozar de la vida —dijo el detective—. Límpiense la sangre de los morros y siéntese, ¿o prefiere que repitamos la sesión?

Svensen titubeó. Por fin, el recuerdo del castigo que acababa de recibir, debió infundirle prudencia. Se sentó en un sillón, esforzándose en no perder la dignidad.

Pero Miller malogró sus esfuerzos. Se acercó a él y le disparó dos bofetadas consecutivas que sonaron como cañonazos. La cabeza del rubio se bamboleó. Antes de que se repusiera, Miller, con las dos manos a la vez, le dio un golpe seco en las orejas. Svensen lanzó un alarido. Sus tímpanos habían estado a punto de quebrarse. Se quedó atontado, con los cabellos de punta, aplastado, vencido.

—Así me gusta más —añadió el detective, entre dientes—. Vamos ahora a nuestro asunto. Cuénteme en qué consistió su romance amoroso con Alma y a qué se debe —Miller señaló con el pulgar a Betsy Burke— que haya terminado tan pronto.

Svensen respiraba con dificultad.

—¿Romance amoroso? —repitió.

—Eso he dicho.

—¿Puedo preguntarle antes quién es usted y cómo y con qué derecho ha entrado aquí?

Miller sacó su credencial.

—Detective Steve Miller, de la Policía Metropolitana. He entrado con mi llave maestra, y sin derecho alguno. No tengo nada contra usted, salvo antipatía. Proteste, si gusta.

El rubio no protestó.

—Ignoro lo que desea de mí, pero es seguro que ha venido mal informado. Para comenzar, ha hablado de un romance amoroso. ¿Qué demonios significa eso? ¿Se refiere a un romance amoroso entre Alma y yo?

—Exactamente.

—Menuda tontería. Somos amigos, y unos amigos ocasionales.

Miller volvió a señalar a la muchacha.

—Lo mismo que con la señorita Burke, sin duda. Es usted un

miserable baboso, Svensen. Alma está, o estaba, loca perdida por usted. Dos o tres veces ha venido a este departamento.

—A escuchar música.

—Vamos, Svensen...

—Tengo en mi discoteca una colección de clásicos del *jazz* bastante notable. Alma se interesa por estas cosas. Si es usted incapaz de comprenderlo, lo siento mucho.

¡Zas!

El tremendo golpe en plena cara dejó sin aliento y casi sin sentido a Svensen.

—Volvamos a empezar —dijo el detective.

Al rubio le corrían lágrimas rostro abajo, que se mezclaban con sangre al llegar a las comisuras de su boca.

—Bueno —gimoteó—, ¡yo no tengo la culpa de que ellas sean tan imbéciles! ¿Qué quiere que haga? ¿Echar a correr cuando una me sonríe?

—¿Dónde está ahora Alma?

—¡No lo sé, ni me importa!

—¡Cuidado con mentir, Svensen! El viernes por la noche, ella rompió con Johnny Saxon, su novio, le llamó a usted por teléfono, y usted fue a recogerla en su automóvil. ¿Qué pasó?

—¿Qué le parece? ¿Qué le parece que podía pasar? ¡Esa mocosa idiota! ¡Pretender que yo cargara con ella! ¡Sueños románticos! ¡Todas llenas hasta las narices de sueños románticos! —Svensen pronunció una larga maldición—. Le dije que se tomara las cosas con calma, que reflexionara, que no cometiese una locura. Le aconsejé un hotel y la acompañé hasta la puerta. Afortunadamente, parece que ha reflexionado, en efecto.

—¿Por qué?

—No ha vuelto a importunarme desde entonces. Debí de hacerme cargo de la realidad.

—¿Quiere decir que no ha vuelto a saber de Alma desde el viernes por la noche?

—Naturalmente.

—¿A qué hotel la condujo?

—Al Valery House. Es un lugar respetable.

Miller se sentía por dentro hervir de cólera.

—Svensen, es usted tan canalla como le imaginaba. Por un mero capricho ha arruinado la reputación y la felicidad de una criatura que no cometió otra falta que la de enamorarse de usted. Y no queda ahí todo —el detective se inclinó amenazadoramente—. ¿Cuándo ha venido a verle Johnny Saxon?

Svensen, acobardado, se encogió sobre sí mismo.

—¿Saxon? ¿Se refiere al novio?

—¡Lo sabe de sobra!

—No ha venido a verme en ningún momento.

¡Zas!

Miller había repetido el doble golpe en las orejas. El rubio chilló. Le acometieron náuseas. Intentó levantarse del sillón, no pudo.

El detective dijo:

—Johnny Saxon juró matarle, y no era de los que juran en vano.

—¡Pero usted está loco! —jadeó angustiosamente Svensen—. ¿Por qué motivo iba a matarme? ¿Qué le había hecho yo? ¡Devolví la razón a su chica y procuré no verla más! ¡No me debía sino agradecimiento, pero le garantizo que no ha venido a demostrármelo! Por otra parte, yo sigo vivo, nadie ha intentado nada contra mí, excepto usted. ¿Qué demonios significa esa historia? ¿Qué pretende usted con sus preguntas?

Miller anunció con fría calma:

—Johnny Saxon ha muerto asesinado.

Svensen se restregó la cara con las manos.

—Infiernos —murmuró—. Déjeme en paz. Yo no sé de eso una palabra. ¡Un asesinato! ¡De modo que intenta comprometerme en un asesinato!

—Usted se ha comprometido solo.

—Me servirá de escarmiento —dijo amargamente el rubio—. De ahora en adelante, mantendré las chiquillas histéricas a mil millas de mí. Siga, ¡siga con su cuento chino! Me gustaría saber qué daño le he causado yo para que me elija como víctima propiciatoria. En mi vida le he dirigido la palabra a ese Johnny Saxon, y no le he visto más que de lejos. Pero siga usted, si lo que quiere es perder tiempo.

Miller se encogió de hombros.

—Le advierto que verificaré punto por punto sus declaraciones. Ahora mismo iré al Valery House para hablar con Alma. Le tengo bien cogido, Svensen. Puedo arrestarle por intento de ultraje a la señorita Burke. Presumo que ella no se negará a presentar la acusación.

—¡Palabras! Arrésteme, ¡vamos! En cuanto esto pase a los tribunales, se las verá negro para justificar su presencia aquí, en mi domicilio, sin autorización mía ni mandamiento judicial. ¡Le costará su placa de detective!

—La sacrificaré gustoso, a cambio de verle en la cárcel. Queda advertido —Miller extendió las manos, y Svensen se estremeció de terror; pero no pretendía sino cachearle. El rubio no llevaba arma alguna—. No se mueva —agregó.

Emprendió un hábil registro del cuarto de estar. Mientras Svensen le seguía con los ojos. Pasó al estudio y se echó al bolsillo las cartas y las

fotos. Terminó por el dormitorio y el baño. No encontró nada más que mereciera su interés, ni siquiera una pistola.

Svensen continuaba hundido en el sillón.

Miller se dirigió a la muchacha, que parecía convertida en estatua: pálida, rígida, con las manos en el regazo, mirando el suelo.

—Vámonos de aquí.

Ella se levantó maquinalmente.

Svensen articuló:

—El hecho de ser policía no le da derecho a atropellar a la gente de este modo. Ha dicho que se llama Miller, ¿no? Procuraré acordarme del nombre, ¡y algún día nos veremos las caras bien vistas!

El detective condujo a la muchacha del brazo hacia la puerta.

—Seguro que se acordará —dijo—. La hinchazón de los golpes le durará tiempo y tiempo, no se preocupe; ello estimulará su memoria.

Salió con Betsy. Tomaron el ascensor sin cambiar una sola palabra. Abajo, avanzaron a través del vestíbulo. Miller notó una mirada fija en su rostro. Era la del empleado del registro, que le contemplaba con la boca abierta, sin duda preguntándose cómo una persona podía salir de un lugar sin haber entrado previamente en él. Aquella mirada le siguió hasta la calle.

La muchacha se estremeció al percibir la frialdad del aire.

—Dígame que no he tenido una pesadilla. Dígame que esa cosa horrible me ha ocurrido a mí. No puedo creerlo.

Miller replicó:

—Lamento haberme mostrado tan brutal. Era necesario.

—¿Por qué lo lamenta? He cometido la estupidez más grande de mi vida, y no merezco consideraciones. Mucho menos las merezco de usted, que me ha librado de esa abominación. Cuando pienso...

—No piense.

—No puedo evitarlo. No soy una niña. Me ufanaba de conocer a los hombres, ¡y véame! Rescatada por la policía de los brazos de un seductor de arrabal. Es grotesco.

Caminaban rodeando la plaza, hacia la parada de taxis de la esquina.

—Le servirá de experiencia.

Betsy Burke sacudió negativamente la cabeza.

—Lo dudo. Lo de esta noche está tan por completo deslizado de mi existencia habitual que nunca podré recordarlo sino como el capítulo de una novela leída, o la escena de una película... No encaja. Habrá habido un vacío, luego Axel Svensen, luego otro vacío. A continuación, todo seguirá igual.

—¿Qué es usted?

—Profesora de música.

—¿Cómo conoció a Svensen?

—Fue ayer, de una manera tonta. Salí con unos amigos. A última hora de la noche, caímos en Black Spot para escuchar a Louie Mesmer... Quizá haya usted oído: hablar de él. Es un muchacho negro, que toca el piano de forma revolucionaria. *Jazz* frío. ¿Usted entiende de esto?

—Conozco a Mesmer —respondió evasivamente el detective.

—Pues Svensen estaba sentado junto a nosotros. Ya sabe lo que sucede en esos sitios. Entablamos conversación. Posee una auténtica cultura musical, y es una autoridad en *jazz* clásico... Casi sin darnos cuenta, se unió a nuestro grupo. Después vino con nosotros a un par de lugares más, y finalmente, nos guió a una cava, un extraño tugurio subterráneo, donde sólo cuando él se hubo dado a conocer personalmente nos permitieron la entrada. Allí, medio a oscuras, en una atmósfera saturada de humo acre, asistí a una *jamsession* indescriptible, algo que nunca hubiera imaginado. Frenético, espeluznante, terrorífico, pero genial. Salimos al amanecer. Svensen me acompañó a casa... Yo me hallaba, ya lo comprendo, en un estado de exaltación enfermiza. Nos citamos para cenar juntos hoy. Me parecía el hombre más interesante y más apuesto del mundo. Al placer de que nuestras ideas concordasen en tantos puntos se unía el de que, estando a su lado, todas las mujeres me mirasen con envidia. Bien, hemos cenado, hemos bailado... El resto, todavía no sé por qué milagro, lo ha presenciado usted.

Habían llegado a la parada de taxis.

—Harlem no es, de madrugada, un barrio a propósito para las muchachas bonitas, ingenuas y apasionadas como usted —dijo Miller. Abrió la portezuela del primer vehículo de la hilera e invitó a la muchacha a entrar en él. Se sentó a su lado—. ¿Dónde vive?

Ella dio las señas. El taxi arrancó.

—¿Tiene familia? —preguntó el detective.

—No en Nueva York.

—¿Dónde?

—En Atlanta. Una hermana casada con un abogado.

—¿Va a entablar alguna acción legal contra Svensen?

Betsy se turbó.

—Oh, no, por supuesto que no. No ha ocurrido nada y me..., me moriría de vergüenza...

—¿Es usted mayor de edad?

—Sí.

—Perfectamente. Obre como guste. La comprendo.

Guardaron silencio, mientras el taxi avanzaba en dirección sur, por la Tercera Avenida. Transcurridos unos minutos, la joven dijo:

—He olvidado su nombre.

—Steve Miller.

—Es cierto —Betsy titubeó—. Me gustaría..., me gustaría expresarle mi agradecimiento de un modo que no sonara convencional... Nadie me había hecho nunca un favor tan grande como el que usted me ha hecho esta noche, señor Miller. Es usted admirable. Creo que doy por buena la desdicha de haber conocido a Svensen a cambio de haber encontrado a un hombre como usted.

Miller rió ahogadamente.

—No diga trivialidades.

—¿Trivialidades? —exclamó ella, dolida—. Le estoy hablando con el corazón. Le he visto acometer sin la menor vacilación a un hombre que medía lo menos diez centímetros y pesaba lo menos veinte kilos más que usted; le he visto luchar limpiamente y vencer con una elegancia maravillosa. No lo ha hecho por mí..., quiero decir por una persona llamada Betsy Burke. Lo ha hecho por la ley, por la justicia, porque lo consideraba su deber. Con las manos desnudas. Si yo hubiese perdido la fe en la vida y en los seres humanos, usted, esta noche, me la hubiera devuelto. Le debo demasiado para darle las gracias, señor Miller.

El taxi se había detenido.

—Hemos llegado —dijo el detective.

La muchacha suspiró.

—Buenas noches. ¿Será mucho pedir que me llame cuando necesite de una verdadera amiga?

—Vamos, señorita Burke, no nos pongamos a dramatizar. Soy un agente de la policía. Perseguir el delito y combatir a los delincuentes, constituye mi profesión. Me pagan por ello.

Betsy insistió, como si no le hubiera oído:

—Mi número de teléfono está en la guía. ¿Será mucho pedir que me llame?

—No —repuso él, en voz baja.

Una suave mano se posó, de pronto, en su mejilla, y unos labios en sus labios. La electrizante sensación duró un segundo.

—Lo esperaré.

Miller se encontró solo en el taxi.

Capítulo V

BASTANTE más modesto que el hotel Kranz, pero con un aire muy parecido de institución sólida y recomendable, el Valery House alzaba sus diez pisos en una encrucijada donde había además un teatro, una cervecería y un restaurante de precio fijo.

El encargado del escritorio era un muchacho con la cara llena de granos que leía una revista de aeronáutica.

—¿La señorita Alma Crookes? —repitió cuando Miller le hubo anunciado lo que deseaba. Consultó el registro con rapidez vertiginosa —. No, lo siento, debe usted equivocarse. No se hospeda aquí.

Miller apretó los dientes.

—Asegúrese. Llegó el viernes, día catorce, por la noche.

Nueva consulta.

—Pues tiene usted razón... ¡Oh, la recuerdo! Una joven pelirroja, con dos maletas, que parecía extremadamente alegre. La atendí yo. Pero pasó en el hotel una sola noche. Se marchó por la mañana, muy temprano.

—¿Con sus maletas?

—Por supuesto. Yo no había salido de servicio aún. Eran las siete.

—¿Vino alguien en su busca?

—No. Pidió un taxi.

—¿Le llevó usted quizá las maletas al taxi?

—En efecto.

—¿Se fijó en la dirección que le daba al taxista?

—No, señor, eso no.

El detective tamborileó con los dedos sobre el mostrador.

—¿Está seguro de que parecía alegre?

—Mucho, muy alegre. Sonreía y le chispeaban los ojos. Canturreaba cuando firmó el registro. Por esta razón reparé especialmente en ella.

—¿Qué hora sería?

—Sobre las doce. Como ahora.

—¿Recuerda si recibió o hizo llamadas telefónicas?

—Ninguna, creo —el muchacho se cosquilleó los granos del mentón —. No, ninguna. Tuvo la habitación setecientos diez.

—Muchas gracias —dijo cansadamente Miller.

—¿Es su novia?

—¿Es la suya?

El muchacho se mordió los labios.

—Perdóneme.

Miller salió del hotel con la cabeza baja. ¿Por qué estaba alegre Alma Crookes el viernes por la noche? ¿Acaso porque se había librado de Johnny? ¿O porque Svensen se había librado de ella? ¿Dijo Svensen la verdad respecto a esto? ¿Adónde fue Alma a las siete de la mañana? ¿Se ocultaba algo anormal en su conducta?

Las luces de la cervecería cayeron sobre el detective cuando llegó a la esquina. Las miró. De pronto, como si le hubieran inspirado una idea, entró en el local y fue directamente hacia el teléfono. Consultó la guía. Marcó el número del edificio donde Alma y Sally Hickok compartieron su apartamento. Obtuvo comunicación con Sally.

—Soy Steve Miller. Lamento despertarla.

—No dormía del todo aún —repuso la muchacha, con ansiedad—. ¿Algo malo? No puedo apartarme al pobre Johnny de la mente...

—Nada nuevo, por ahora. Pero no encuentro a Alma. No está con Svensen. Tampoco está en el hotel donde él la dejó el viernes por la noche. Se marchó con su equipaje a las siete de la mañana. ¿No tiene usted idea de adónde iría?

—¿A las siete de la mañana?

—Sí. Svensen afirma que no ha vuelto a verla, y puede que diga la verdad. No le interesaba que Alma se quedara a su lado; es más, de ella no le interesaba nada en absoluto.

—Miller, ¿quiere decir que la engañó? ¿Que no la quería? ¿Qué Alma rompió con Johnny para nada?

—Exactamente. Pero no parecía apesadumbrada cuando llegó al hotel, sino todo lo contrario.

—No lo comprendo. Lo lógico hubiera sido que, al encontrarse sola, regresara aquí...

—El caso es que no regresó, y que esa hora, las siete de la mañana, y el hecho de que se llevara su equipaje, parecen sugerir que emprendió un viaje. ¿Tiene familiares en alguna parte?

—Está sola en el mundo.

—¿Amigos?

—Yo.

—¿Dónde trabaja?

—Como manicura, en el Institute Vanguard. Es un salón de belleza.

—Si tiene los sábados libres, es posible que saliera a pasar el fin de semana fuera de la ciudad; pero no con Svensen, pues la hubiera ido a buscar en su coche, y se marchó sola.

—No tiene los sábados libres. Son sus días de mayor trabajo.

—¿Quién, en ese salón de belleza, me dará razón de ella? ¿Conoce usted a alguien a quien pueda llamar ahora?

—Creo..., me parece... Espere un minuto.

Miller esperó. La voz de Sally volvió a sonar casi enseguida:

—Aquí, en el cuaderno de direcciones, está el número de Mary Edwards, una de sus compañeras. ¿Quiere anotarlo?

—Dicte —el detective tomó la nota del número—. Gracias, Sally. Otra cosa aún. Desde la disputa del viernes, ¿ha sabido usted algo más de Johnny? ¿No fue por ahí? ¿No llamó preguntando por Alma?

—No dio la menor señal de vida.

—Puesto que ella no se quedó con Svensen, ¿es posible que se hubieran reconciliado?

—Posible, claro que sí; pero no lo sé, Miller. No he vuelto a tener noticias de ninguno de los dos.

—Bien, qué le vamos a hacer.

—¿Me avisará cuando averigüe algo?

—Sí.

—Descuide.

Miller cortó la comunicación. Inmediatamente marcó el número que Sally le había dictado.

—Hooo...la —contestó una voz soñolienta.

—¿Mary Edwards?

—La mitad está al aparato La otra mitad en el país de los sueños. ¿Qué se le ofrece?

—Me apena importunarla a esta hora, pero soy un amigo de Alma Crookes y me urge extremadamente conocer su dirección. El viernes dejó su antiguo apartamento. No sé dónde encontrarla.

—¿Alma Crookes? —preguntó la voz, con sorpresa—. ¿Cómo se le ocurre preguntarme por ella a mí?

—Su antigua compañera de cuarto me ha dado su teléfono.

—Pues va listo. No tengo idea de dónde para Alma.

—Pero puede indicarme quién me informará, ¿no es así? ¿Quizá la directora del Institute Vanguard, o quien se ocupe del personal?

—Tienen aun menos idea que yo. Alma se largó como si dijéramos sin despedirse. Una tarjeta de dos líneas y basta.

Miller asió con fuerza el auricular.

—¿Se largó? ¿O sea, que dejó el empleo?

—El sábado no vino ya al trabajo. Y menudo saldo nos endosó, por cierto. Pudo haber elegido cualquier otro día, o darnos tiempo a encontrar una suplente. Sudamos tinta para...

—¿Adónde fue?

—Regístreme. La tarjeta decía, poco más o menos: «No volveré por ahí. Suponed que he acertado un ganador en las carreras. Adiós, y buena suerte.»

«Un ganador en las carreras», repitió Miller para sí. La noticia le había alarmado y encolerizado, pero no podía decirse que le hubiera sorprendido. En el fondo de su conciencia, la esperaba. La única explicación de la conducta de Alma era, efectivamente, que hubiese abandonado, no sólo su antiguo domicilio, sino su antiguo empleo. Y la frase «un ganador en las carreras» daba sentido concreto a la alegría que demostró en el hotel Valery House. Un cambio favorable —o que ella suponía favorable— se había producido en su existencia.

Ahora bien, ¿qué cambio era y cuándo se produjo? Si Svensen la acompañó al hotel y la dejó en la puerta, ¿fue entre el instante de separarse de él y el casi inmediato de aproximarse al escritorio? Absurdo. En consecuencia, Svensen tuvo que haber mentido. A pesar de las sangrientas y melodramáticas circunstancias en que prestó su declaración, había mentido. Era imposible que las cosas ocurrieran como él dijo. Forzosamente debía existir una relación entre Svensen y el cambio de vida de Alma. ¿Cuál era esta relación? ¿Cómo consiguió Svensen que la muchacha, llena de alegría, dejara su hogar y su trabajo sin la menor vacilación? ¿Qué le contó? ¿Qué le ofreció? ¿Qué le propuso?

La voz, a través del teléfono, estaba preguntando:

—Eh, ¿qué hace usted? ¿Se ha dormido?

—Ganas no me faltan. Gracias por su colaboración, señorita Edwards.

Se oyó una risa.

—Gracias a usted por llamarme. Tiene una voz que, por teléfono, suena como la de William Holden. Voy a soñar cosas maravillosas. Dígame: «Buenas noches, cariño», por favor.

—Váyase al cuerno —dijo Miller, colgando el teléfono. —Y salió a la calle.

La perspectiva de tener de enfrentarse de nuevo con Svensen le ponía los nervios de punta

De pronto, a pocos metros de la cervecería, se detuvo. ¿Y si Svensen no hubiera mentido, a fin de cuentas? Es decir, ¿y si no hubiese mentido más que al dar a entender que se había deshecho de la enamorada y empalagosa Alma aconsejándole «que reflexionase»? ¿Por qué no pudo ser la situación al revés?

En una noche, Alma había despachado a Johnny Saxon, roto su convivencia con Sally Hickok y terminado sus relaciones con Svensen. Nada probaba —salvo los testimonios de Sally y el propio Svensen—, que ella estuviera enamorada de éste; pero Svensen pudo afirmarlo por

vanidad, para contribuir a su fama de conquistador, y Sally pudo haber sido engañada por Alma. ¿Qué pasaría si Alma hubiera utilizado a Svensen con algún propósito, aunque sólo fuese el de alejar a Johnny, o el de que la acompañara en coche al hotel? ¿No le habría sacado, encima, algún dinero? ¿No se habría burlado de él y de todos?

Esto sí explicaría su alegría al llegar al Valery House. Alma se comportaba conforme a un plan previamente trazado y todo le había salido a pedir de boca. Su plan incluía partir a la mañana siguiente rumbo a quién sabe dónde y despedirse de su empleo. Lo hizo. ¿Por qué y para qué? ¿Qué se ocultaba en el fondo de su conducta?

Miller se restregó el mentón. La hipótesis podía llegar más lejos aún: ¿podía llegar a la conclusión de que Alma estaba de algún modo complicada en la muerte de Johnny Saxon!

El detective giró sobre sus talones y regresó a la cervecería. El teléfono se hallaba ocupado. Impaciente, esperó a que quedara libre. Entonces llamó de nuevo a Sally.

—¿La ha encontrado ya? —exclamó la muchacha.

—No —contestó sombríamente él—. Y barrunto que será difícil. Alma no ha vuelto desde el viernes por el salón de belleza. Se despidió enviando unas líneas el sábado por la mañana. Nadie sabe adónde fue.

Sally susurró:

—Oh, Miller, no es posible...

—Lo es. ¿Tiene usted alguna foto de ella?

—Tengo cinco o seis.

—Dentro de un rato irá un agente de policía a bus— carias. Entrégueselas. Alma aparecerá cueste lo que cueste.

El detective cortó bruscamente la comunicación y marcó el número del precinto.

—Escúcheme con atención, Harrigan —dijo al sargento de guardia—. Transmita sin pérdida de tiempo al Departamento Central, Oficina de Desaparecidos, la descripción que le dictaré. Anote: nombre, Alma Crookes; edad, veintidós; estatura, uno sesenta; cabello rojo; ojos azules; peso, unos cincuenta y cuatro kilos. En las señas que van a continuación proporcionarán fotografías de esa persona —Miller dictó la dirección de Sally—. ¿Ha comprendido?

—No es precisamente un rompecabezas —replicó el sargento.

—Alma Crookes salió el pasado viernes, a las siete de la mañana, con dos maletas, del hotel Valery House, y no se la ha vuelto a ver. Trabajaba como manicura en un salón de belleza llamado Institute Vanguard. Ah, tomó un taxi al abandonar el hotel. Nada más.

—Conforme —murmuró Harrigan, sin interés.

Colgó el teléfono y salió lentamente de la cervecería. Al mirar el reloj vio que eran más de las doce. Tenía, para después de las doce, señalada

una visita al bar de Jack Finnegan.

Allí encontraría a Congo King. Y puede que, con Congo King, encontrara nuevas sorpresas...

Capítulo VI

JACK Finnegan, que tenía el cuerpo de un Sansón y el cerebro de un chiquillo, había sido el terror de los *rings* durante un corto período de dos años. Su carrera como luchador fue meteórica. Ascendió, se mantuvo en alto, imbatido, aplaudido, famoso, y un día desapareció su nombre de los carteles para no reaparecer jamás. Pocos supieron a qué se debía la súbita retirada; y entre los pocos, el primero en saberlo fue el doctor Crosley. Finnegan había ido a visitarle porque sentía un ligero dolor en el costado. Crosley le dijo, después de examinarle: «Finnegan, usted vivirá cuarenta años si no vuelve a luchar nunca, pero sólo cuarenta días si sube una vez más al *ring*.» Finnegan optó por los cuarenta años. Compró un bar en el bajo Harlem y llevaba ya vividos diez años en paz y tranquilidad.

Allí le encontró Miller a las doce treinta de aquella noche. Finnegan, que era un buen cristiano, había adornado su establecimiento con vistas a la próxima Navidad. Ramos de abeto, lazos, bolas y campanas de cristal alternaban con las fotos de Baby Face Duncan, Tiger Kowalski, Dynamite O'Connor o Joe Steel, de una manera no del todo congruente.

Desde el extremo del bar más próximo a la puerta, Miller examinó el pequeño local. Enseguida descubrió a Congo King. Se hallaba en una mesa a la izquierda de la gramola y le acompañaba un muchacho blanco, pálido, de cabello largo y aspecto vicioso y enfermizo. King era un gigante de ébano. Resultaba grotesco el contraste entre los dos.

Una voz grave, dijo:

—Se porta bien, inspector.

Finnegan, acodado en el mostrador, había seguido la mirada del detective.

—¿Por qué no ha de portarse bien? —preguntó Miller.

—Oh, usted no cae de las nubes, aunque lo aparente. King está en mala situación: sin trabajo y a punto de perder la licencia. Muchos, en su caso, se convierten en bestias salvajes. Pero él es buen chico.

—Los buenos chicos no suelen quedarse sin trabajo.

El ex luchador suspiró.

—¿Bebe usted algo? La casa invita.

—Medio whisky.

Finnegan fue por el whisky y lo sirvió en silencio. Luego, midiendo

las palabras, declaró:

—Yo siempre he jugado limpio con ustedes, inspector. Cumplo las leyes, facilito su tarea si está en mi mano y, por estas fechas, ningún año olvido el donativo para su colegio de huérfanos. Usted sabe que puede confiar en mí.

Miller le miró por encima del vaso.

—¿A qué viene eso?

—A consecuencia de King.

—Nadie ha dicho que yo me interese por King.

—Tengo ojos en la cara. Usted está aquí por él.

—¿Y bien?

—El chico se ha metido en un atolladero. No ha hecho nada malo y, si lo ha hecho, la culpa no es suya. Debe usted ayudarle, inspector. Es un favor que yo le pido.

El detective entornó los párpados.

—¿No es usted ahora quien se mete en un atolladero, Finnegan?

El ex luchador miró en torno. Se inclinó hacia delante y bajó la voz:

—Depende de ustedes... Escúcheme, inspector. King ha sido despachado a las malas por Max Pullman, aparentemente con motivo justificado, pero, tratándose de Pullman, las cosas nunca son lo que parecen. Estoy seguro de que en ese asunto hay gato encerrado. Temo por King. Juraría que ni él mismo sabe lo que ha hecho. Si alguien no le tiende un cable, en cualquier momento naufragará.

—¿De qué está usted hablando?

—De nada concreto, inspector. Pero los síntomas...

—¿Qué síntomas?

Finnegan, preocupado, se rascó la nariz.

—¿Usted conoce al pájaro sentado con King?

—No.

—Lo suponía. Llegó de San Luis hace muy poco. Según me han dicho, Trabajó a sueldo de Frank Luprata hasta que a éste se le hizo la vida imposible en el país. Luprata sólo empleaba buenos tiradores...

—¿Cómo se llama?

—Stan Preston. Desde anteaayer, él y King son carne y uña. King es como un niño, cuesta poco ganarse su amistad. Resultaría interesante averiguar lo que Preston pretende.

—Quizá nada.

—Quizá. Pero yo apuesto cien a uno a que ahora trabaja para Pullman. Esto es lo que me intriga de la cuestión.

Miller bebió el whisky a pequeños sorbos.

—No veo adónde va usted a parar, Finnegan —dijo. Se daba perfecta cuenta de que el ex luchador había hecho un auténtico esfuerzo mental

para analizar algo que despertaba sus recelos, aunque no podía exponer los frutos de su esfuerzo con claridad—. ¿Se refiere a que Pullman le ha colocado a King ese pistolero de San Luis como vigilante?

—Pues, más o menos, sí.

—¿En qué se basa para suponer que Preston trabaja para Pullman?

—En todo lo que ocurre bajo mano. En los síntomas. Pullman se ha lanzado a un negocio grande. Hay una serie de elementos en el barrio a quienes nunca se había visto por aquí, y es Pullman quien los ha traído. Vienen de San Luis, de Chicago, de Los Angeles...

—¿Gente como Preston?

—Sí.

Miller arrugó el entrecejo. De lo que Finnegan le comunicaba no había sabido una palabra hasta entonces.

—Dice usted que Pullman ha emprendido un gran negocio. ¿Cuál es?

—Sobre eso sí que estoy en la luna, inspector.

—No será tan grande. Si lo fuera, no se podría disimular.

Finnegan hizo una mueca dubitativa.

—Depende de los medios que se utilicen... y de la clase de negocio.

—¿De dónde ha sacado usted esas noticias?

—Son rumores que corren. Yo sólo he advertido que se nota en el ambiente algo raro y por un motivo u otro ha de ser.

—¿Conoce a un muchacho llamado Johnny Saxon? —inquirió súbitamente el detective.

—No.

—No lo diga tan deprisa. Ha estado aquí conmigo algunas veces.

Finnegan reflexionó.

—Bueno, recuerdo a uno..., así..., más o menos... ¿Qué ocurre?

—¿No ha habido ningún rumor alusivo a Saxon?

—A mí no ha llegado.

—¿Y alusivo a Axel Svensen?

—¿Quién es ése?

Miller se encogió de hombros.

—No importa, dejémoslo. Volvamos a lo de King. Usted quiere que le ayude. ¿A qué?

—Yo había pensado... que si usted le da a entender que la policía no le considera un mal sujeto..., que tiene amigos y se confía en él... Esto le ayudará a salir del bache. Ahora se siente solo y desdénado. Yo sé bien cómo es el alma de los luchadores, inspector. Abandone a uno en las circunstancias de King, y resbalará de cabeza al abismo. Pero todavía no es demasiado tarde. Si ha venido a pedirle cuentas por lo que Pullman va diciendo del tongo...

—¿Qué?

—Yo empezaría por no creer a Pullman. Usted es un tipo honrado, inspector. No haga caso de las relaciones que haya entre Pullman y sus compañeros. A la larga, tener las manos limpias le beneficiará.

—¿Qué insinúa usted, Finnegan? —preguntó Miller secamente.

El ex luchador se turbó.

—¡No, nada, olvídelo. Ese es un tema tabú, por supuesto. Haga lo que guste. Yo no he dicho nada.

—No ha dicho nada, en efecto. Vaguedades. Cháchara. Estoy por creer que lleva encima unas copas de más.

—Crea lo que le convenga —replicó Finnegan amargamente—. Veo que me he equivocado con usted. Lo siento.

Se alejó hacia el extremo contrario del mostrador.

Miller terminó su whisky, y luego, calmamente, se dirigió a la mesa que ocupaban Congo King y el muchacho. No dejó de advertir que Finnegan le seguía con los ojos.

Los dos hombres de la mesa interrumpieron la poco animada conversación que sostenían y le acogieron en silencio. Su actitud no era amistosa. King estaba indiferente. Su compañero delataba una vaga curiosidad.

Miller dijo al segundo:

—Lárguese, Preston. He de hablar con King a solas.

La manaza del negro, como para retenerle, se apoyó en el antebrazo del muchacho. Este sonrió, enseñando los dientes. Ironizó:

—Me gustan las impertinencias. Venga otra.

Casi no terminó la frase. La diestra de Miller descargó un guipe seco en su boca, un golpe que le echó la cabeza atrás. Su nuca chocó violentamente contra la pared.

Congo King se puso en pie como disparado por un muelle. Su abdomen derribó la mesa. Hubo un gran estrépito.

Miller miró al negro cara a cara. Entonces, descubrió que, hasta un punto que no podía determinar... King estaba borracho.

—No tengo intención de armar jaleo —anunció el detective—. Jack Finnegan es amigo mío, y ni ustedes ni yo queremos perjudicarlo. Pero habrá jaleo si usted lo busca, King. Jaleo grande. Yo nunca me pongo por poco.

—¿Quién es usted? —inquirió.

—Uno que va a hablarle a solas —replicó el detective. Más que a King, vigilaba al muchacho, quien, lívido de rabia, permanecía sentado, rígido como un muñeco—, Bien, Preston, ¿es usted sordo?

Preston sostuvo su mirada. Hubo un silencio, que se hizo extensivo a todo el bar, donde únicamente podía oírse la gramola automática, desde la cual saltaba al aire el último solo de Coleman Hawkins.

Por fin, lentamente, Preston se levantó. No dijo nada. Se pasó el dorso de la mano por la boca y echó a andar hacia el mostrador.

Miller, sonriendo, se agachó y enderezó la mesa. En el suelo se habían roto una botella, un cenicero y dos vasos.

—Siéntate, idiota —agregó para King, en tono amistoso—. Parece mentira que un tío tan grande como usted no sepa aún lo que le conviene. Yo no voy a causarle ningún daño, pero no me atrevería a afirmar lo mismo de Stan Preston.

—Stan es mi amigo —protestó estúpidamente el luchador.

—Un amigo de verdad no le permitiría emborracharse. Su salud y su fuerza son todo su capital, King. Debiera usted saberlo de sobra.

—¿Para qué me sirven ya?

Miller sacó su credencial y la mostró.

—Yo que usted no perdería las esperanzas. Aunque a veces no lo parezca, existe una justicia en este país. Soy policía, como ve. Me intereso por su caso. Estoy dispuesto a prestarle ayuda hasta donde me sea posible.

—¿Qué trampa es ésta?

—No hay ninguna trampa.

—¿Le ha pagado Pullman para que venga a embaucarme?

—No tengo el menor contacto con Pullman.

—¡Hala, cuénteles eso a su abuela! Es policía y no tiene contacto con él, ¿verdad? ¿Y yo qué soy? ¿Una colegiala?

—Quizá. Tan ingenuo, por lo menos, como una colegiala.

Congo King hizo lo que, para su modesto cerebro, equivaldría a reflexionar. Examinó al detective con el entrecejo fruncido.

—No le entiendo.

—¿Qué hay de cierto en esa historia del tongo?

El negro se miró las manos. Titubeó.

—Es toda cierta..., en cierto sentido. Uno puede dar en su vida un mal paso. Puede darlo con suerte o sin suerte. Se encumbra o cae...

—De modo que Max Pullman tenía razón al despedirle.

King no contestó.

—¿Cuándo se enteró de la jugada que usted había preparado? —insistió Miller—. ¿Antes del combate o después?

—Dijo que antes. Se rió en mis narices. Dijo que se había enterado antes y que acababa de ganar una fortuna apostando por Babe Samson, pero que no quería traidores en su equipo.

—¿Cómo se enteró?

—No lo sé. Pullman se entera siempre de todo. Quizá por intermedio de Bluber. Esa condenada babosa... es capaz...

Miller recordó el nombre. Pullman lo había pronunciado. Bluber era

el corredor de apuestas que se encargó de la sucia operación.

—¿Tiene usted mucha intimidación con Johnny Saxon?

El negro no reaccionó ante la inesperada pregunta.

—¿Johnny, qué?

—Saxon.

—Me parece que no le conozco. Muchos fulanos —aclaró de buena fe— presumen de amistad con uno sólo porque es famoso. Me encontré una vez... Bueno —se interrumpió sombríamente—, eso era antes. Ya todo ha terminado.

—Por un tiempo nada más. King, escúcheme, ¿quiere o no quiere confiar en mí?

El luchador sacudió su cabezota de ébano.

—Nunca volveré a confiar en nadie, y menos en un policía.

—Pero confía en Stan Preston, que es un pistolero, un delincuente.

—No me molesta que Stan sea un pistolero —dijo el negro—. Al contrario, prefiero que lo sea. Y no confío en él en el sentido a que usted se refiere. Stan no me ha preguntado ni me ha pedido nunca nada.

—¿De qué proviene su amistad?

—De habernos encontrado casualmente y habernos puesto a charlar un rato.

—No me interesa eso.

—¿Yo qué le voy a hacer? —King se restregó torpemente los ojos—. ¿Puedo saber qué es lo que quiere usted de mí?

—Entre otras cosas, que me diga por qué tiene tanto miedo.

El luchador se quedó un momento mudo.

—No tengo miedo.

—¿Es a Max Pullman a quien teme? —prosiguió Miller, como si no hubiera oído su negativa—. Porque si es a él, no me explico que le agrade la compañía de Preston. Todos saben en Harlem que Stan Preston ha venido de San Luis contratado por Max Pullman.

King estaba poniéndose nervioso.

—Déjeme en paz, por favor. Yo resolveré mis problemas.

—¿También el de la acusación de asesinato?

—¿La acusación... de asesinato? —a Congo King se le veló la voz—. ¿Qué acusación?

—La que Max Pullman ha lanzado implícitamente contra usted. La que me ha traído aquí. La que me hubiera obligado a interrogarle sin tantas contemplaciones, de no ser por la compasión que usted me inspira.

—¡Acusación de asesinato!

—Según Pullman, un muchacho llamado Johnny Saxon escuchó de labios de Bluber, que se había embriagado, la historia del tongo, y se la

repitió a él con el tiempo justo para que cambiase sus apuestas. Johnny Saxon entró el sábado al servicio de Pullman, con un buen sueldo y una lúcida carrera por delante. A esto se le llama agradecimiento. Johnny ha muerto asesinado hace unas horas. A esto, King, se le llama venganza.

—¿Por qué venganza?

—Porque Johnny Saxon le arruinó a usted la carrera, o hasta la vida, pues un tipo como usted, si no es como luchador profesional, no vive.

Congo King se había desinflado como un globo. Su cara negra y brutal expresaba abyección.

—¿Ha dicho Pullman que yo he matado a ese hombre?

—Por lo menos lo ha dado a entender.

La frente del negro se perló de sudor.

—Es mentira... ¡Usted sabe que es mentira!

—Yo no sé nada aún —replicó Miller, fríamente—. Espero, sin embargo, saber mucho en cuanto usted hable.

—¿De qué cuerno quiere que hable? ¿Qué puedo contarle yo?

—La causa de su miedo.

King se manoseó la cara. Sus manazas temblaban ligeramente.

—Está loco —articuló—. Oh, usted tergiversa las cosas... Me hace ver la noche día. Yo no he matado a nadie; es cuanto tengo que decir.

—¿Está seguro?

—Sí.

Volvió la espalda a la mesa y se alejó hacia la puerta, sin prisa. Jack Finnegan estaba ocupado y no parecía prestarle atención. Preston le ignoraba deliberadamente.

Capítulo VII

CUANDO salió del bar de Finnegan. Miller estaba convencido de dos cosas: una, que Max Pullman no jugaba limpio y, efectivamente, preparaba, o realizaba ya, un grande y clandestino negocio; otra, que Congo King no había matado a Johnny Saxon.

El detective caminaba lentamente calle abajo, esperando que el frío le aclarase las ideas, cuando notó que alguien avanzaba en su seguimiento.

¿Congo King?

No podía identificarle con exactitud, porque la calle estaba demasiado oscura. Si era Congo King, ¿con qué objeto hacía aquello?

—¡King! —llamó—. ¡Venga acá! ¿Desea algo?

La gigantesca y tétrica figura no chistó, no se movió; pero en cuanto el detective reanudó su avance, sus pesados pasos sonaron nuevamente, troc, troc, sobre las losas del pavimento.

Un momento después, Miller, hastiado, dio media vuelta y echó a andar en sentido contrario. El hombre le esperó inmóvil. Cuando estuvo a su lado, vio que, efectivamente, era Congo King.

—¿Qué quiere? —preguntó el detective—. ¿Por qué me ha seguido?

King dijo, sordamente:

—No quiero nada. La calle es de todos. No es culpa mía si nuestras direcciones coinciden.

—¡Maldito majadero! —exclamó Miller—. ¿A qué se figura que está jugando? He dado dos rodeos inútiles adrede, y usted no se ha despegado de mí. ¡Vamos, suelte lo que sea!

El negro guardó silencio.

—¿Se ha chiflado, King? ¿O lleva dentro más alcohol de lo que parece?

Inútil.

De pronto, el detective creyó comprender.

—Se muere de miedo, eso es lo que ocurre —añadió en voz baja—. Se mantiene cerca de mí porque no se atreve a dar un paso solo. Sea sensato, King. ¿Fue en busca de protección por lo que se pegó como un parásito a Stan Preston, un hombre ágil con la pistola?

Congo King rompió súbitamente su mutismo:

—Déjeme ir con usted. Es todo lo que le pido..., por favor...

Su moral estaba derrumbándose.

—Yo nunca doy algo a cambio de nada.

—¡Por favor!

—Si viene conmigo será...

—¡Uuuuff! —hizo roncamente el negro.

Fue una extraña exclamación, siniestra, espeluznante. Como si le hubieran dado un empujón por la espalda, King se tambaleó. Y de pronto, ante la sorpresa de Steve Miller, sus rodillas se doblaron y cayó de bruces al suelo. Un elefante no hubiera caído con más estrépito y mayor violencia.

—¡King!

Congo King emitió un jadeo agónico. El detective alcanzó a entender unas palabras:

—Stan..., allí..., cuidado...

Preguntó:

—¿Nos ha seguido? ¿Stan Preston nos ha seguido?

Ya no obtuvo respuesta.

Palpó la ancha espalda del luchador, introduciendo la mano por debajo del gabán y la chaqueta, y los dedos se le humedecieron de sangre. Un balazo.

Congo King era cadáver. Miller se apartó de él y echó a correr, retrocediendo por donde había llegado hasta allí. No había visto el fogonazo ni escuchado ruido ninguno. No tenía la menor evidencia respecto a la situación del asesino. Sin embargo, éste no podía estar muy lejos, y la calle no ofrecía apenas posibilidades de ocultación. Se sentía obligado a encontrarle.

Pese a que pensaba así, recibió una sorpresa considerable al distinguir a un hombre que avanzaba en sentido contrario al suyo, las manos en los bolsillos, encogido, alzado el cuello del gabán, con un aire un poco a lo James Dean. Se detuvo y apoyó la mano en la culata de su pistola. El hombre era Stan Preston.

—¡Quieto!

Preston hizo alto y le miró. Estaban solos, en plena noche, en una calle desierta. Miller sabía que hacía frente a un homicida. No se descuidaba.

—El polizone del bar —dijo el muchacho, con sarcasmo—. Ya me han explicado el motivo de que galleara de ese modo. Yo también sabría hacerlo si llevara una credencial de policía en el bolsillo.

—¿Adónde va?

—En pos de King. Es peligroso cuando se emborracha.

El detective procedió con rapidez. De un paso se colocó junto a Preston. Con una mano le cacheó hábilmente, mientras con la otra no soltaba su propia pistola.

Stan Preston iba desarmado. No llevaba ni siquiera una funda vacía. Miller sintió que se le llenaba de ira el corazón.

—Mire ahí delante —dijo entre dientes—. ¿Ve un bulto sobre la acera? Fíjese bien en él, porque algún día, muy pronto, yo haré de usted un bulto semejante, sólo que mucho menos voluminoso y mucho más repulsivo. Es Congo King. Usted le ha matado por la espalda.

Preston no se inmutó.

—¿De un soplido?

—Disparando desde la esquina una pistola con silenciador.

El muchacho enarcó las cejas.

—Esa parece una acusación grave, polizonte. Más vale que nos lleguemos al precinto y la formule usted por escrito. Quizá allí sus fantasías tengan más visos de realidad.

—No le he hablado como policía, Preston. Digo simplemente que le pegaré un tiro a la primera oportunidad de que no me culpen por ello de asesinato.

Preston se humedeció los labios con la lengua.

—Entiendo. Asunto personal.

—Celebro que lo haya entendido. La próxima vez que tropiece conmigo procure que no se volatice su pistola. Va a necesitarla.

—No sé lo que es una pistola —replicó el muchacho, burlonamente—. Temo que habré de buscar primero la palabra en el diccionario... Pero no olvidaré su advertencia, polizonte. Lo pasará usted mal por haberla pronunciado, se lo juro. Espere y verá.

Miller dijo:

—Esperaré anhelante.

Dio media vuelta y regresó junto al cuerpo de King.

Miller registró metódicamente los bolsillos del luchador muerto y trasladó a los suyos lo poco que contenían. Terminada la operación, murmuró:

—Es triste morir por cobarde y por idiota, King. Tú lo quisiste.

El detective alzó los hombros y echó a andar en busca de un teléfono. Encontró abierto un drugstore cuando ya pensaba que habría de regresar al bar de Finnegan para dar desde allí el aviso. Llamó al Departamento Central, se identificó y localizó el lugar en que yacía el cadáver.

—¿Dónde está usted? —le preguntaron.

Miller dijo dónde estaba.

—No se mueva de ahí. Una patrulla irá en su busca.

—Eso mismo —replicó el detective, de mal humor.

Colgó el teléfono y abandonó el drugstore.

No tenía la menor intención de aguardar al patrullero y enzarzarse

en la rutina de las pesquisas, de modo que echó a andar para alejarse de allí lo antes posible. Por gusto, se hubiera ya retirado a descansar. Habían ocurrido demasiadas cosas, no obstante, y se sentía en la obligación de hacer primero acto de presencia en el precinto, así que hacia éste dirigió sus pasos.

El sargento Harrigan resolvía el crucigrama de un periódico de la noche.

—Me ahorra trabajo —dijo en cuanto le vio—. El teniente me encargó hace un rato que le buscara a toda costa.

Miller consultó su reloj.

—¿A estas horas?

—Quiere hablarle.

—¿Qué hay de la oficina de desaparecidos?

—En marcha.

El detective asintió con un gesto y subió al piso. No había nadie en la sala. Se veía luz a través del vidrio esmerilado del despacho de O'Neill.

Llamó.

El teniente, en mangas de camisa y con los pies encima del escritorio, daba cuenta del contenido de una lata de cerveza. Ponía mala cara, como si le doliera el estómago.

Desarrugó un poco el entrecejo al entrar Miller.

—¿Le ha avisado Harrigan?

—No. —El detective cogió una silla y se sentó a horcajadas—. He venido porque hay algunas cosas en mi informe que no pueden esperar a mañana. Una de ellas, en particular.

—¿Y es?

—Max Pullman organizó el jueves pasado, en el Harlem Ring, la reunión de lucha de costumbre. Uno de sus hombres, Congo King, montó un tongo por su cuenta y le regaló la victoria a Babe Samson, después de haber apostado unos miles de dólares por éste; pero Pullman se enteró a tiempo de la maniobra, apostó también por Babe, ganó un buen pico, y luego, como era de esperar, echó a la calle a King. Lo raro es que, además de echarle a la calleé le ha colocado desde un par de días un centinela: Stan Preston, un pistolero de San Luis que trabajó para Luprata; si no me equivoco, un degenerado y un cocainómano, por más señas. Esta noche yo he comenzado a cocinar a King. Justo cuando empezaba a ablandarse, Preston, casi en mis propias narices, lo ha matado de un tiro por la espalda.

El rostro de O'Neill se llenó de sombras.

—Creo —titubeó— que le encargué a usted investigar la muerte de Johnny Saxon...

—Saxon fue la persona que enteró a Pullman del negocio que preparaba Congo King. En agradecimiento, Pullman le dio un empleo en

su departamento de publicidad. Ha durado poco; tan poco, que Pullman ha hecho extensivo su agradecimiento a la madre de Saxon entregándole cinco mil dólares. Una historia conmovedora, ¿no es así?

El teniente guardó un instante de silencio. Había entornado los párpados, quizá para que Miller no advirtiera la turbación que sus pupilas expresaban.

Al fin, dijo:

—No comprendo qué relación hay entre eso y lo que me ha contado del asesinato de Congo King.

—Yo tampoco, salvo que King pudo matar a Johnny Saxon para vengarse del chivatazo. Su situación no era buena. Pullman podía impedir, e iba a impedirlo, que otro empresario le contratara. Estaba acabado, arruinado, hundido...

—Y quizá le mató.

—Quizá —concedió tranquilamente el detective—. Cuando encontré a Pullman en casa de la señora Saxon, se apresuró a sugerirme esa posibilidad; pero ¿por qué, entonces, hizo que Preston eliminara a King apenas éste ha empezado a ponerse tierno conmigo?

—¿Quién le ha dicho que Preston trabaja para Max Pullman?

—Es del dominio público. Preston y muchos otros. Max Pullman se ha lanzado a negocios de largo alcance y se ha rodeado de personal eficiente. De que Preston es eficiente, tengo buenas pruebas.

O'Neill dio signos de nerviosidad.

—¿Quiere decir... pruebas de que ha matado a King?

—Todo lo contrario.

—No le entiendo, Miller.

Steve Miller encendió con calma un cigarrillo, y, acodado en el respaldo de la silla, relató cuanto había ocurrido desde su visita al bar de Finnegan. El teniente le escuchó sin expresión, pero apretando los labios.

—¿Su trabajo se ha reducido a eso? —preguntó después.

—He mencionado sólo la parte más reciente.

—A ver el resto.

Miller relató el resto.

O'Neill no dijo una palabra.

—Parece un jeroglífico —añadió el detective, transcurrido un momento—. Sin embargo, el asesinato de Congo King puede conducirnos a la solución. Estoy seguro de que alguien ha cometido un error matándole; quizá Preston, quizá Max Pullman, o quizá un desconocido. Me intriga que Pullman me haya enviado de una manera tan declarada al encuentro del negro, únicamente para ser testigo de cómo lo eliminaba uno de sus pistoleros. Juraría que Stan Preston se ha pasado de rosca...

—O acaso sea ajeno al asesinato.

—¡Inocente como un palomito! —rió sarcásticamente Miller—. Preston ha seguido a King en compañía del sujeto que le acompañaba en el bar de Finnegan. Ha disparado en el momento oportuno, usando una pistola con silenciador; ha entregado la pistola a su acompañante, y ha venido a mi encuentro con las manos vacías. Usted conoce el procedimiento tan bien como yo.

El teniente preguntó, con repentina suavidad:

—¿Usted se ha familiarizado realmente con el distrito en los tres meses que lleva aquí?

—No lo sé.

—Temo que no. Su análisis de la situación está equivocado, Miller, siento decírselo. Váyase haciendo a la idea de que el señor Pullman no puede tener con el caso relación ninguna. Es uno de los puntales más firmes con que en nuestra demarcación cuenta la ley, un ciudadano de pro, un hombre digno de confianza.

—¡Teniente!

O'Neill miró a su subordinado a los ojos.

—¿Qué quiere, Miller?

—Su alusión a Pullman, ¿es un comentario personal? ¿O debo interpretarlo como una orden?

—Es... una orden.

Miller se puso lentamente en pie. Su rostro semejava tallado en granito.

—Perfectamente. Mañana presentaré a usted por escrito mi dimisión.

—No sea idiota.

—Toda mi vida lo he sido y no puedo cambiar por darle a usted gusto. Me da asco tener las manos sucias. Demasiado escrupuloso para policía, pero ¿qué le vamos a hacer?

—¿Qué está usted diciendo?

—Que yo no tolero que Pullman me unte como les unta a ustedes. Aunque la gente pueda creerlo así, teniente, usted y yo no navegamos en la misma barca...

O'Neill enrojeció.

—Esa es una acusación muy grave para hacérsela a un superior.

—Lo es, en efecto —replicó secamente el detective—. Procure no olvidar que Johnny Saxon era amigo mío y que me guía algo más que el deber profesional en este asunto. Dimitido o no, seguiré hasta el fin. Pase lo que pase, caiga quien caiga.

—Miller, se juega usted la carrera.

—No, teniente —objetó Miller, camino de la puerta—. La carrera se la juegan usted y quienes aquí le guardan a Pullman las espaldas. Lo que

yo me juego... es la vida.

Capítulo VIII

A las diez y dos o tres minutos de la mañana, llamaron a la puerta. Steve Miller cesó de escribir a máquina, se levantó y fue a abrir. Halló en el umbral de su departamento a un hombre moreno, de cuarenta años, fino y duro como un alambre de acero. Sus ojos brillaban de una manera simpática, pero no sonreía.

—Me llamo Duchesne —anunció—. Teniente Duchesne, de la brigada de Homicidios. Usted debe ser el agente Miller.

—Hasta ahora, sí. Pase.

Duchesne pasó y miró rápidamente en torno.

—Necesito hacerle unas preguntas.

—Lo esperaba. Usted se ocupa de lo de Johnny Saxon por el Departamento Central.

—Ujú —asintió el teniente. Ahora miraba a Miller francamente, cara a cara, examinándole con atención—. De modo —añadió, tras una pausa—, que usted vio a Axel Svensen anoche.

—Sí.

—Lo he sabido por el portero del hotel. Sus noticias han sido un tanto raras... Dice que primero preguntó usted por él, y que luego le vio salir con una mujer, sin que previamente hubiera entrado... Asegura que no se movió de su puesto, así que si usted entró no fue por la puerta. Me interesa esto, y me interesa lo que ocurrió entre usted y Svensen.

Miller se aproximó a su mesa escritorio y tomó unos folios mecanografiados. Los tendió a Duchesne.

—En mi informe lo encontrará todo.

Duchesne buscó un lugar donde sentarse, se acomodó y empezó a leer.

Cuando terminó lanzó una relampagueante mirada a la máquina, en la cual se veía otro folio a medio escribir.

—¿Continúa? —inquirió.

—No —Miller titubeó—. Eso es mi escrito de renuncia. La historia que usted ha leído concluye en el momento en que el protagonista presenta la dimisión a sus jefes y se va a la calle en busca de empleo.

Duchesne no demostró asombro.

—Es usted un temperamento romántico; se nota en la forma polémica que ha dado a su informe. ¿Qué demonio pasa?

—Nada extraordinario. Max Pullman es un personaje tabú en el precinto. Yo no respeto el tabú. En consecuencia, debo marcharme. La policía —Miller se encogió de hombros— es esto.

—Para algunos —rectificó suavemente Duchesne—. De vez en cuando se encuentra uno con policías honrados. Pruebe usted a serlo. No resulta difícil.

—Tengo orden de dejar a Pullman en paz... Orden explícita.

—Esa clase de órdenes no son problema para un hombre inteligente y resuelto, pero echarlo todo a rodar por una decisión poco meditada, sí lo es. Su dimisión no le ayudará en lo más mínimo, Miller. Tengo experiencia suficiente para asegurárselo.

—¿Y qué, entonces? ¿He de aguantar que tipos como Jack Finnegan comenten abiertamente los llamémosle favores que mis compañeros reciben de Pullman? ¿He de tragar saliva cuando cualquier babosa haga insinuaciones sarcásticas sobre el precio de mis trajes?

—Sí, por un tiempo. Eso acabará en seco si lleva usted el asunto hasta el fin. Más todavía. —Duchesne hizo una mueca—; Acabará apenas se demuestre que ha habido una relación entre Max Pullman y Axel Svensen. Un tabú no lo cubre todo.

—¿Una relación entre Pullman y Svensen?

—Eso es —asintió tranquilamente el teniente—. Sepa, Miller, que si he venido a visitarle es porque Svensen ha aparecido muerto a las siete de esta mañana.

—¡Cuerno! —exclamó el detective.

—Alguien le ha hundido el cráneo, como a Johnny Saxon, y le ha abandonado cerca de los muelles, unos obreros han descubierto su cadáver.

Miller trató de reflexionar. ¡Axel Svensen asesinado! Inmediatamente surgía la inevitable pregunta: ¿Por qué? ¿Con qué objeto? El enigma que ensombreció la muerte de Johnny volvía a repetirse. ¿Por qué razón habían muerto ambos hombres? ¿Era esta razón la misma que ocasionó la muerte de Congo King?

—¿A qué hora le han matado?

—Hacia las tres de la madrugada, según diagnóstico provisional del médico. —Duchesne, pensativo, barajaba las páginas del informe—. Dice usted aquí que practicó un registro del departamento de Svensen, pero que no encontró nada de interés. ¿Está seguro de eso?

—No me pareció de interés.

—Sin embargo, aproximadamente a la hora en que Svensen moría, otra u otras personas registraron también su departamento. Lo destrozaron todo. Lo abrieron y lo revolvieron todo. ¿O fue usted quien lo hizo?

—Yo no revolví ni destruí nada.

—¿Qué buscaba esa gente?

Miller fue hasta su chaqueta, metió la mano en el bolsillo y depositó el contenido de éste ante Duchesne: un fajo de cartas y dos fotos de mujeres.

—No sé lo que buscaba —dijo—, pero aquí tiene lo que encontré yo.

El teniente se concentró en el examen de los papeles y las fotos con la misma intensidad que anteriormente dedicara al informe.

Al terminar preguntó:

—¿Se ha ocupado de los antecedentes de Svensen?

—Todavía no.

—Ha cumplido una condena seria por delitos contra la honestidad. Hace dos meses, un escándalo le obligó a abandonar su compañía en Chicago. Vino poco después a Nueva York, y desde entonces se halla oficialmente cesante.

—¿Compañía? ¿Qué compañía?

—Una compañía teatral. Svensen era actor de profesión.

El detective enarcó las cejas.

—¡De modo que era actor! —estaba pensando qué parte de farsa pudo haber en las patéticas declaraciones del rubio—. Me gustaría saber si un actor sigue siéndolo aun cuando se le haya molido a palos.

—Probablemente, sí. —Duchesne adivinó a qué se refería Miller—. Considerando la forma en que desapareció esa muchacha, Alma Crookes, es de suponer que el papel de Svensen en el asunto no se reduciría a lo que le contó a usted...

—¿Por qué no? Alma pudo no ser una víctima de Svensen, sino al revés: pudo engañarlos a él y a Johnny con un propósito que ignoramos todavía; pudo, incluso, haber tenido alguna relación directa con la muerte de ambos.

—Una mujer vampiro —sonrió el teniente.

—Todas las mujeres son, cada una a su modo, vampiros.

Duchesne se echó a reír.

—Prejuicios no, Miller. Usted hizo anoche un trabajo magnífico, pero temo que estuviera demasiado ocupado para detenerse a extraer consecuencias de lo que averiguaba. No obstante, hay una que salta a la vista. Suponga que Svensen estuviera a sueldo de Max Pullman y recuerde eso que usted menciona en su informe con tanta insistencia: que Pullman se ha lanzado a un negocio en gran escala. ¿Y bien?

Miller se quedó mirando en silencio al oficial. Transcurrió un minuto, dos. De pronto, sus ojos adquirieron una expresión salvaje.

—¡Trata de blancas!

—Usted lo ha dicho.

El detective se golpeó la palma de la mano con el puño.

—¡Dios, qué imbécil, qué ciego! ¡Esa es la suerte que ha corrido Alma Crookes! ¡Svensen no era sino un gancho de Pullman!

—Considérelo una hipótesis y no se precipite, pero eso es, efectivamente, lo que se desprende de la labor que usted ha realizado.

Las ideas se agolparon en la mente de Miller. Alma había caído en las redes de Svensen, instrumento de una organización de trata de blancas. Johnny debió descubrir la verdad de lo ocurrido y fue rápidamente eliminado. Ahora, Svensen, que se había puesto en evidencia a sí mismo, era eliminado también, porque resultaba más peligroso que útil. En cuanto a Congo King, posiblemente supo algo relativo a la organización, algo que si vencía el miedo que le mantenía mudo, revelaría para vengarse de Pullman; su sentencia, pues, estaba igualmente firmada.

Muchas cosas se explicaban así, aunque no el hecho de que fuera precisamente Pullman quien alzó la liebre en dirección al luchador negro. ¿Un error? ¿Un descuido? ¿Una maniobra de largo alcance?

Miller cogió su cuaderno de notas.

—Permítame, teniente.

Inspeccionó las fotos y las cartas, para copiar cuantos nombres encontró. No fueron muchos, ni muy expresivos.

—Comprendo su intención —dijo Duchesne—. Quiere comprobar si esas muchachas han desaparecido como Alma Crookes.

—Sí. —El detective cerró su cuaderno de notas y abrió la guía telefónica—. ¿Se le ocurre algún medio para demostrar que Svensen operaba por cuenta de Pullman?

—Buscar testigos.

Miller exploró las páginas de la guía. Cuando tuvo el número que deseaba, lo marcó.

—¿La señorita Burke? —preguntó.

Alguien, al otro extremo del hilo, aporreaba escalas en un piano.

—¡Diga!

—¿Betsy Burke?

—Sí.

—Soy el agente detective Miller.

—¡Steve Miller! —La voz de la muchacha sonó llena de calor—. Soy optimista por temperamento, pero no podía imaginar que me llamara usted tan pronto.

—Sólo deseo hacerle una pregunta.

—¿De orden profesional?

—Sí.

—Aun así, celebro oírle. No me importa que hable en ese tono impersonal, Miller; es propio de usted, y, en consecuencia, me gusta. Pregunte lo que quiera.

—Usted me dijo anoche que no tiene a nadie en Nueva York y que su familia se reduce a una hermana que vive en Atlanta.

—En efecto.

—¿Se lo dijo también a Svensen?

Hubo un silencio. Al cabo, la muchacha respondió:

—Pues creo que sí. Vino rodado en la conversación. ¿Eso es un dato de importancia?

—Quizá.

—No lo parece. Si yo fuera vanidosa o no le conociera bien, pensaría que es un pretexto para haberme llamado.

—Me alegra que no lo piense. —El rostro del detective no reflejaba la menor alegría—. Adiós y gracias, señorita Burke.

Colgó.

Duchesne inquirió:

—¿Qué ha contestado?

—Que sí. Necesito asegurarme de que Svensen era lo que suponemos. Los tipos como él eligen sus víctimas entre muchachas solitarias. Es una garantía de que su desaparición no creará complicaciones, o por lo menos no complicaciones inmediatas.

El teniente se levantó y depositó sobre el escritorio los folios del informe, que aún tenía en la mano.

—Correcto. Dejo esa parte del asunto a su cargo, Miller, y conste que depósito en usted absoluta confianza. La oficina de desaparecidos se ocupa ya de Alma Crookes, ¿no es así?

—Di aviso anoche.

—¿Qué piensa hacer respecto a lo de Congo King?

Miller se encogió de hombros.

—Es un caso para la brigada de Homicidios. Usted tiene la palabra.

—No podemos probarle nada a Preston.

—En apariencia.

Duchesne miró al detective frunciendo el entrecejo.

—¿Qué le ocurre? ¿Por qué se muestra tan reticente?

—No me muestro reticente. Pero soy solamente un policía de barrio y no puedo cargar yo solo con un asunto como el que me ha caído encima. Hay tres asesinatos de por medio, aparte la desaparición de por lo menos una muchacha. Los periódicos no tardarán en armar un jaleo del infierno.

—Bien, ¿qué quiere?

—Colaboración.

—Pase por el departamento a las dos de la tarde. Trabajaré a presión hasta entonces. —El teniente comenzó a andar hacia la puerta, y añadió —: Su dimisión queda descartada, por supuesto. Me dijo O'Neill que a

usted le unía con Johnny Saxon una amistad personal, así que tiene en esto más interés que nadie. No puede echarse atrás, y sabe de sobra que si dimite encontrará cerrados todos los caminos. Trampee la situación con diplomacia. Al final hablaremos de su problema. No parece usted hombre para vegetar en un precinto de Harlem. Quizá yo esté en condiciones de tenderle una mano.

Miller apenas prestaba atención.

—¿Quién registró el departamento de Svensen?

La pregunta cogió al teniente de improviso.

—Se refiere Oh, comprendo... El portero del hotel asegura que no vio entrar a nadie ajeno al establecimiento. Puesto que usted había entrado ya, he pensado que, quienquiera que fuese, se habría valido de un procedimiento semejante.

—Ya —murmuró el detective.

Acompañó a Duchesne hasta la puerta.

—¿De acuerdo sobre su dimisión?

—De acuerdo.

—Hasta las dos, entonces.

La puerta se cerró a espaldas del teniente.

Miller permaneció un momento inmóvil. Luego regresó junto a la máquina, sacó del carro el papel en que había estado escribiendo y lo rasgó por la mitad. Se puso la chaqueta y colocó la pistola en su funda. Tomó el gabán y el sombrero. Hacía como cinco minutos que Duchesne se había marchado cuando él descendió a la calle.

Paró un taxi.

—Al hotel Kranz.

El hotel donde residiera Svensen tenía un aspecto tan sobrio y respetable de día como de noche. El empleado del registro era ahora un hombre maduro, elegante, de sienes grises, vestido con un traje azul que le caía a la perfección. Hizo una reverencia obsequiosa apenas el detective le hubo presentado su credencial.

—Estoy por entero a su disposición, inspector —declaró—. Únicamente me permito transmitirle, como he hecho ya con los compañeros de usted que le han precedido, el ruego de la gerencia del hotel de que este asunto se lleve con la máxima discreción posible. Afortunadamente para nosotros, el señor Svensen no ha muerto aquí. Sería muy desagradable que un establecimiento como el Kranz...

—Muy bien —contestó Miller—. Conozco esa letanía. Sólo quiero saber si Svensen tenía amistad, aunque fuera superficial, con algún otro huésped estable o no.

El empleado balanceó lentamente la cabeza.

—Amistad..., amistad..., no.

—Lo que fuera. Saludos, sonrisas, conversaciones. En un mes y

medio habrá usted tenido tiempo para fijarse.

—¿Le vi conversar algunas veces con el señor Benedici.

—Otros.

—Nadie más. El señor Svensen no era hombre expansivo y pasaba la mayor parte de su tiempo fuera del hotel.

:—¿Qué habitación ocupa Benedici?

—Ocupaba la ochenta y dos, inspector.

—¿Ocupaba?

—Se ha marchado.

Miller respiró profundamente.

—¿Avisó por anticipado?

—No, inspector.

—¿Cuánto tiempo llevaba aquí?

—Cerca de mes y medio.

«Como Svensen», se dijo el detective.

Era demasiada coincidencia.

—Deme todos los datos posibles acerca de él.

Tomó nota a medida que el empleado hablaba. Veinticinco años, costumbres noctámbulas, profesión indeterminada, buena posición económica, buen huésped.

Nada de particular. ¿Físicamente? Cabello y ojos negros, tez pálida, nariz romana, bigote recortado, estatura media, maneras suaves, siempre vestido de oscuro. ¿Alguna particularidad? Una pequeña cicatriz, como de una quemadura, en la sien izquierda, junto al ojo.

La pista podía no conducir a ninguna parte. Pero el conserje nocturno afirmaba que nadie ajeno al hotel entró en éste sobre la hora en que Svensen fue asesinado, de modo que el registro en el departamento debió efectuarlo alguien que se alojaba en el Kranz y a quien acaso se le ordenó por teléfono.

Tal persona pudo ser Benedici.

—¿Adónde ha ido? ¿Ha dejado sus señas?

No había dejado sus señas.

—Eso es todo, gracias —dijo Miller.

Y se marchó.

Capítulo IX

SIOUX Kid se cargó a Brobosz sobre los hombros y lo dejó caer de cabeza en la lona. Brobosz se las ingenió para matar el golpe, pero aun así se hizo daño. Se levantó furioso.

—¡Repíte eso y te parto las narices, idiota! —exclamó—. ¿Pues no me has soltado de improviso? ¿Qué querías? ¿Desnucarme?

Sioux estaba compungido.

—Me ha salido mal. Probemos otra vez. Iré con cuidado.

Los dos colosos repitieron la operación.

—¡Más ruido! —exigió el entrenador, desde las cuerdas.

Steve Miller apartó la vista de allí. La gran sala del gimnasio se hallaba en plena actividad.

El detective, con las manos en los bolsillos del gabán y un cigarrillo pendiente de los labios, se aproximó a Joe Philby, que supervisaba uno de los entrenamientos.

Philby le saludó con un gruñido. Miller permaneció un momento contemplando a los dos brutos que forcejeaban en el ring, y luego preguntó, en tono casual:

—¿Ha venido Benedici?

El hombrecillo le daba la espalda y no se volvió.

—Creí que estaba usted aquí por lo de Congo King.

—¿Ha venido o no ha venido?

—¿A mí me lo pregunta?

—Usted es el primero con que tropiezo.

—¿Y yo qué sé? No tengo nada que ver con Benedici. Si no ha venido, no me he fijado.

—Hum —gruñó Miller.

Los tiros al azar daban algunas ocasiones en el blanco. Ignoraba quién pudiera ser Benedici, pero su nombre le sonaba evidentemente familiar a Philby; por tanto, había una relación entre Benedici y Pullman. Y Benedici se había hospedado, como Svensen, en el hotel Kranz.

El detective añadió:

—Lo de Congo King es asunto de la brigada de Homicidios.

—¿De veras? Pues se dice que usted andaba buscándole las cosquillas

anoche. No mucho antes de que lo despacharon, por cierto.

—Fue casualidad. Usted conocía bien a King, Philby.

El hombrecillo giró sobre sus talones.

—¿Sabe usted quién es Dan Holly?

—No.

—Un reportero del Chronicle. Ha venido hace dos horas y le he dicho cuanto tengo que decir respecto a Congo King. Todo. Lea la próxima edición del Chronicle y se enterará.

—Perfectamente —asintió Miller—. Recuérdeme eso cuando los de la brigada de Estupefacientes le detengan por consumo de cocaína. Hasta la vista, Philby.

Philby corrió tras él y le asió del brazo. Se había puesto pálido de repente. Tenía dos arcos de gotitas de sudor bajo los ojos.

—Espere. Yo no quería molestarle. —Bajó la voz—. Pregunte lo que desee, se lo ruego.

—¿Por qué ha muerto King?

—Eso no lo sé.

—¿Qué había en su vida privada? ¿Algún lío de mujeres?

—Es probable. Las chifla verlos en el ring. King no era una excepción, sólo que era él quien se había chiflado.

—He pensado que podía ser una mujer la culpable indirecta de esa historia del tongo. Es lo corriente.

Philby se restregó nerviosamente las manos.

—Acierta. Ella le envió al cuerno, y King perdió la cabeza. Fue el idiota más grande del mundo. Ella siguió enviándole al cuerno, y, encima, él se hundió. Esa porquería no le sirvió de nada.

—¿Quién es la mujer?

—Louetta Spring, una cantante de blues.

Miller movió afirmativamente la cabeza. Había visto y oído un par de veces a Louetta Spring, una muchacha de color que tenía una voz y un temperamento selváticos.

¿Cómo relacionaría usted eso con su muerte?

—De ninguna manera.

—¿Cómo explica que King se hubiera hecho carne y uña con un pistolero de San Luis llamado Stan Preston?

Philby titubeó.

—Él era también de San Luis. Allí empezó... Antes de venir a Nueva York se había forjado allí un nombre.

—Usted sabe, por supuesto, que Preston trabaja para Pullman.

El hombrecillo miró rápidamente en torno.

—Dejemos eso. Yo me ocupo de los luchadores.

—¿Es cierto o no?

—Sí —asintió Philby, en un susurro.

—Preston mató a Congo Kid. Estaba vigilándole. Cuando King vino a mí, le pegó un tiro por la espalda.

A Philby le temblaban los labios.

—No es posible.

—Ha de serlo. King, anoche, tenía miedo, un miedo atroz. ¿De qué?

—¡Por Dios, inspector, yo no sé una palabra sobre eso! ¡Se lo juro! Y ahí... ahí viene el patrón... Usted no quiere que me ponga en la calle, ¿verdad?

Max Pullman se acercaba con paso cansino, sonriente.

—Está bien, Philby —accedió el detective—. Reflexione un poco acerca de la cuestión. Le conviene.

El hombrecillo, con la cabeza gacha, se reintegró a su puesto junto al ring. Pullman tardó todavía medio minuto en llegar frente a Miller.

—Hola —saludó con naturalidad—. Le esperaba esta noche, como quedamos, pero celebro que haya venido antes. Necesito hablar con usted.

—Sospecho que la necesidad es recíproca.

—Venga a mi despacho.

Las oficinas se hallaban en un piso, con una galería abierta sobre la sala del gimnasio, visible también por el ventanal del despacho de Pullman. Este despacho había sido decorado recientemente y a la última moda, Rebasaba luz, colores y comodidad. Tenía aire acondicionado. Tenía, además, sentada en un extraño diván de tapicería atigrada, una mujer vestida de negro.

La mujer dijo, cuando entraron:

—Max, estoy harta. Vámonos.

Pullman, que caminaba hacia su mesa, la señaló con el pulgar por encima del hombro

—Es Minnie —explicó—. Minnie, te presento al inspector Miller. Un hombre de clase un muchacho de porvenir.

Ella miró a Miller y pestañeó. Miller la miró a ella. Era rubia y el color negro le caía bien. Se había sentado como suelen sentarse las mujeres que saben que tienen las piernas bonitas.

—Cuando haya visto bien a Minnie —añadió burlonamente Pullman, desde su mesa—, le sugiero que dedique un poco de atención a mi whisky —estaba sacando vasos, una botella, soda e hielo de una especie de compartimiento frigorífico—. ¿Le apetece un cigarro?

Miller se acercó a él.

—El whisky me basta.

Pullman llenó tres vasos, dio uno al detective y se quedó otro. No se molestó en ofrecerle el tercero a la mujer, ni ella en ir a buscarlo.

—La situación ha cambiado desde anoche.

Miller notaba la mirada de Minnie fija en su nuca. —Si se refiere al asesinato de Congo King —replicó—, no creo que cambie nada. Ese asesinato debía ya de formar parte de la situación cuando murió Johnny. Por algo, King llevaba a Stan Preston pegado a sus pantalones hace días.

—No comprendo.

—Pues debiera usted comprenderlo mejor que nadie. Stan Preston es uno de sus hombres.

—¿Y qué?

—El le pegó a King un tiro por la espalda.

—¡Diablo! —exclamó sarcásticamente Pullman—. Si eso es verdad, puede conducirlo a la silla eléctrica. Me asombra que ni siquiera se le haya detenido.

—Preston morirá antes de que le detengan.

—De modo que vaticina usted otro asesinato...

—No es eso. A Preston lo mataré yo.

Pullman se llevó el vaso a los labios, que tenía curvados en una sonrisa forzada. Evidentemente, trataba de reflexionar.

—Me asombra usted, Miller —dijo.

El detective se colocó de lado para ver a la mujer. Ella continuaba mirándole, inmóvil, echada atrás y con los párpados ligeramente entornados.

—Pullman..., quiero que me explique usted una cosa. Si había sentenciado a muerte a Congo King, si le endosó un guardián tan peligroso como Preston, ¿por qué anoche me envió a él? ¿Pretendía probarme? ¿O deseaba burlarse de mí?

—¿Yo?

—¡Cuerno, usted! King estaba loco de miedo, sin duda porque sabía lo que le esperaba; pero ¿cómo se atrevió Stan Preston a matarlo ante mis propias narices? ¿Qué órdenes le había usted dado?

El vaso de Pullman estaba vacío.

—Miller, amigo mío, usted padece fiebre cerebral, o algo raro le ocurre. Según parece, supone que yo hice matar al pobre King. Ándese con cuidado, querido. Acusaciones así no se lanzan a la ligera.

Miller se encogió de hombros.

—Me he limitado a hacerle unas preguntas. Si tiene sobre este asunto algo que decir, dígalos. Siempre resultará interesante conocer su versión.

Pullman titubeó. Seguía impertérrito, pero se le adivinaba, por dentro, tirante. Luego volvió a llenar su vaso y le señaló al detective el suyo.

—Vamos, hombre, beba. No he puesto veneno, no se preocupe —

contempló cómo Miller bebía, y añadió—: Lo único que tengo que decirle es que encuentre y capture lo antes posible al asesino de King. No soy rencoroso. Ese negro me jugó una mala pasada, pero en el fondo era un infeliz, un memo, y no le deseaba ningún daño. Su muerte me coloca en posición embarazosa, incluso, según acabo de comprobar, ante usted, pese a que es usted un hombre inteligente. En consecuencia, necesito que el misterio se aclare pronto. Y que se castigue al culpable de manera ejemplar.

—El asesino de King —replicó tranquilamente el detective— es Stan Preston.

—¡No diga tonterías! Stan y King eran amigos. El negro, que estaba asustado, él sabría por qué, se arrimó a Stan, se le pegó como una lapa. He hablado con Stan y no se explica la conducta del pobre muchacho. No le pidió nada, pero no le dejó un minuto de paz. Cuando le dejó, borracho como una cuba, fue para que le pegaran un tiro.

—King sabía muy bien por qué estaba asustado. Conocía algo de usted que ponía en peligro su vida, y Preston no se hallaba a su lado para protegerle, sino para vigilarle, para amedrentarle.

Pullman hizo una mueca.

—Miller, Miller, ¡qué cabezota es usted! No quiero discutir sus afirmaciones, porque ni siquiera admiten discusión. Pero le tengo por un policía eficiente, un hombre razonable que sabe lo que le conviene y adónde va, que elige y valora sus amistades... Espero que reflexione. Cuando haya reflexionado, vuelva por aquí.

Miller asintió.

—Que volveré, es seguro.

Dejó el vaso sobre la mesa e iba a retirarse en el momento en que Pullman le detuvo con un ademán.

—Eh, no tome esto como una despedida. Si deseaba que viniera usted a visitarme era, además, por otra razón, que continúa en pie. Usted es un policía, repito, un excelente policía. Admiro y estimo de manera extraordinaria a los policías, Miller, como seguramente le habrán dicho sus compañeros. Su resignado heroísmo, la abnegación con que consagran su vida a la defensa de la sociedad, a cambio de una paga injusta, mezquina, miserable, me producen honda emoción. —Pullman carraspeó—. Esta es la primera vez que usted y yo nos ponemos seriamente en contacto, y se da la coincidencia de que sea en vísperas de Navidad —abrió un cajón de su escritorio—. Me gustaría que guardara de la ocasión buena memoria, de modo que... En fin, tengo algo para usted. —Sacó del cajón un sobre azul—. Acepte la buena voluntad, se lo ruego.

Miller miró largamente el sobre. Por fin lo cogió.

—Hasta la vista —dijo.

Volvió la espalda a Pullman y se dirigió a la puerta. Minnie estaba levantándose del diván.

—¿No nos vamos aún?

Cuando salía del despacho, el detective oyó a Pullman responder:

—Vete tú sola, muñeca. Tengo mucho que hacer aquí.

Miller bajó al gimnasio con las manos en los bolsillos del gabán, la derecha estrujando el sobre azul.

El detective se detuvo junto a uno de los rings. Todos sus músculos se pusieron tensos. Sintió frío en el corazón, un frío extraño, un frío de muerte.

Preston, con el cuello del gabán alzado, el cabello revuelto sobre la frente, un cigarrillo en la comisura de los labios y su característico aire a lo James Dean, se hallaba al fondo de la sala, recostado en la pared. Miller apretó los dientes. Los terribles instantes de la muerte de Congo King, tan grande, tan torpe, allí, en la calle oscura, desfilaron uno a uno por su memoria.

Una voz suave dijo:

—¿Quiere que le acompañe, inspector? Tengo el coche ahí fuera, ¿sabe?, y será un placer. No es cumplido.

Era Minnie.

Miller se preguntó por qué se ofrecería a acompañarle.

—¿Puede esperar cinco minutos?

—¿De veras serán solamente cinco?

—Quizá menos. —El detective fijó los ojos en la enfermiza figura de Preston—. Los hombres —añadió— tardan poco en morir.

Y echó a andar hacia el fondo de la sala.

Capítulo X

STAN Preston le vio enseguida. Arrojó el cigarrillo al suelo. Se replegó sobre sí mismo como una fiera presta al ataque. Sus viciosas pupilas centellearon.

Miller hizo alto a unos metros de él.

—Bien, Preston, ha sonado la hora. Apuesto a que hoy no está desarmado... ¡por suerte para mí!

—¿Viene a detenerme?

—No.

—Entonces, ¿qué quiere?

—Se lo advertí anoche: matarle.

—¡Está loco! ¡Solamente decir eso puede costarle la expulsión de la policía!

—No deseo sino que me expulsen. Me ahorraría el trabajo de redactar mi dimisión.

Preston insistió:

—¡Docenas de testigos le oyen y le ven! ¡Va a suicidarse, Miller!

—¿Tiene miedo?

El pistolero rió áspera y nerviosamente.

—Velo por sus intereses, nada más.

Miller tenía a su espalda todo el gimnasio, que ahora era un mundo de expectante silencio. Los entrenamientos se habían suspendido.

—Los testigos no me turban —replicó—. Yo disparo cara a cara, a plena luz y ante quien sea. Está usted armado, ¿verdad, Preston?

—Acérquese a comprobarlo.

—Con mucho gusto.

El detective reemprendió su camino. Concentraba en Stan Preston casi toda su atención, pero reservaba una parte para la incógnita que tenía a su espalda.

Pero tenía que ser muy rápido, tenía que anticipar— se a Preston y no permitirle disparar, pues no olvidaba la portentosa puntería con que le atinó a Congo King en el corazón, a distancia y casi en tinieblas. Corrió hacia el ring con la pistola ya entre los dedos, pisándole al muchacho los talones. Preston dobló la esquina del tablado, aunque su intento de parapetarse se frustró. El detective se le echaba encima.

Entonces, gimiendo de rabia y de terror, desenfundó su arma.

Steve Miller apretó el gatillo. El pistolero disparó también: el impacto de la bala había contraído espasmódicamente sus músculos. Su tiro dio en el cemento. Preston inició una especie de baile y, súbitamente, cayó a tierra de bruces, rígido, con los brazos abiertos, como un espantapájaros que se derrumba.

—Leyenda —dijo el policía, en voz alta. Avanzó y tocó al pistolero con el pie. Estaba muerto. La bala le había entrado en el cráneo por la base de la nariz—. Tu fama era pura leyenda, tirador de salón. Es así cómo se prueba a los hombres.

La gente del gimnasio se había escondido detrás de cuanto ofrecía protección, y ahora empezaba a asomar la cabeza. Miller buscó a Minnie con la mirada. Echó a andar en su dirección apenas la hubo localizado. Un silencio angustioso acompañó su avance. Nadie chistaba. Nadie parecía capaz de moverse.

El detective pasó ante la mole sudorosa de Sioux Kid, que le contemplaba boquiabierto, y dedicó una sonrisa a la mujer.

—Estoy a su disposición.

Ella no supo qué decir.

—Bueno —articuló.

Miró mecánicamente hacia la ventana del despacho de Pullman. Miller la imitó. Max Pullman era una figura inmóvil, se hubiera dicho un maniquí tras los cristales de su escaparate...

Salieron a la calle. Sin cambiar una sola palabra subieron al coche de la muchacha, que era un «Chevrolet» café y blanco. Ella parecía idiotizada. Puso el vehículo en marcha como un autómatas. Luego, Miller preguntó:

—¿Le ha ordenado Pullman ser amable conmigo?

La mujer miraba con fijeza al frente. Musitó:

—Sí.

—¿Hasta qué extremo de amabilidad?

—Hasta donde usted llegase.

—Eso se lo va usted a ahorrar, paloma. Pero no tiene suerte. Su Max Pullman pisa terreno falso. Si se descuida, caerá y la arrastrará con él. Sálvese a tiempo.

—Lo mismo le digo.

—¿Usted a mí?

—Max estaba ciego de furia cuando usted ha salido del despacho. Ahora, después de que ha matado a Stan, y de que lo ha matado de ese modo, y de que lo ha hecho llevando en el bolsillo el dinero que él le había dado, debe de estar ciego, mudo, sordo, yo qué sé... Tenga cuidado.

—Pullman no le ha ordenado que me aconseje.

—¡Al diablo Pullman! Usted es un hombre, todo un hombre. —Las enguantadas manos de Minnie giraron firmemente el volante hacia la izquierda—. No por lo que le he visto hacer con Stan. Se me ha puesto la piel de gallina ya cuando ha entrado en el despacho, y confesarle esto tampoco son órdenes de Max. Usted tiene algo que le deja a una sin respiración, algo como fuego en la mirada. Si puedo apoyarle, pídamelo, ¿comprende?

—¿Ayudarme contra Pullman?

—Contra el mundo entero.

Miller rió.

—No sea fantasiosa. ¿Qué sabe de Pullman? ¿Qué sabe que pueda perjudicarle?

—Nada.

—¿Qué sabe de sus negocios?

—Que le dan dinero a chorros.

—¿El gimnasio?

—Supongo.

—¿Qué más hace? Aparté el gimnasio, ¿en qué ocupa su tiempo? ¿Con quién se relaciona? ¿Adónde va?

Minnie no contestó enseguida. Conducía el coche al tuntún, preocupándose sólo de elegir las calles donde el tránsito era menos denso.

—Yo no participo de su vida —dijo, al cabo de un momento—. Me tiene a mano para cuando le apetece divertirse, eso es todo. Así que de sus ocupaciones y sus amistades... Bueno, sé que va a Omaha con bastante frecuencia, y supongo que no irá a hacer turismo.

Miller arrugó el entrecejo. Alguien le había mencionado Omaha la noche anterior. Alguien. Y no fue una alusión a Pullman.

—Ganado o cereales, ¿es eso propio de un hombre como él?

—No.

—Pues en Nebraska no puede encontrar otra cosa.

—Oh, no, yo no me refiero a la Omaha de Nebraska. A dónde va Max es a la Omaha de Nueva York.

—No conozco ninguna Omaha en Nueva York.

—Hay una, estoy segura. Quizá sea solamente una aldea. Cerca de los lagos Dedos.

¡Axel Svensen!

Ahora recordaba. El conserje nocturno del hotel Franz dijo que Svensen hablaba con acento del Medio Oeste y que algunas veces le habían llamado desde Omaha' Si se relacionaba una cosa con otra, la Omaha en cuestión era la de Nebraska. Pero no debía serlo. Duchesne aseguraba que el tabú de Pullman se rompería si quedaba demostrado

que existía algún contacto entre él y Svensen. Bien, el contacto tenía que estar en Omaha de Nueva York.

—¿Usted conocía a un sujeto llamado Svensen?

—No.

—¿Conoce a Benedici?

—Conozco a uno que se llama Erno Benedici. ¿Es él?

—¿Trabaja para Pullman?

—Quizá sí, indirectamente. Tiene un bar.

—¿Dónde?

—Aquí, en Harlem. No sé la calle. Se llama Jungle Snack.

—He estado en Jungle Snack —declaró el detective, con sorpresa—. Es un bar de negros. Lo regenta un negro llamado Jones.

—Pero Benedici es el verdadero propietario. —Minnie titubeó—. El bar, si quiere saberlo, sirve de tapadera a otras cosas. También los negros fuman jujú o se pinchan. También ellos se sienten solos y pagan por la compañía de una chica alegre.

—¿Blanca?

—No.

—¿Está Pullman metido en eso?

—No sé si está metido, pero trata con Benedici... Fíjese.

—¿Qué?

—La pastelería de la esquina. Le permito que me invite a un «suspiro».

La pastelería tenía en el escaparate un rótulo que rezaba: «Suspiro de fresa! Delicias de piña. Cremas.»

Miller sacó del bolsillo el sobre azul que le había dado Pullman, y lo abrió. Contenía quinientos dólares.

—No puedo perder tiempo en invitarla, paloma. Invítese usted misma. —Tendió el sobre a la muchacha—. Dele el resto a Papá Noel. No se olvide, luego, de contarle a Pullman en qué he invertido su aguinaldo.

—Lo tomará a mal.

—Es lo que pretendo.

Minnie detuvo el coche junto a la acera.

—Entonces, ¿usted me deja aquí?

—Seguiré en un taxi.

—Me... gustaría volver a verle, ¿sabe?

Miller la miró a la cara.

—Su estómago es de hierro, ¿no?, o no se da usted cuenta de lo que ocurre a su alrededor. Hace unos momentos he matado a un hombre ante sus propios ojos. ¿Quiere ahora que nos tomemos unos pasteles juntos? ¿Quiere volver a verme? ¿Para qué?

Ella sonrió tranquilamente.

—Para lo que sea. Mi padre estaba empleado en un matadero, en Chicago. Mil terneros diarios. Solía regresar a casa con la camisa manchada de sangre, oliendo a sangre... Stan Preston no era mejor que un ternero. Un coyote no es mejor que un ternero.

El detective abrió la portezuela para apearse.

—Eso me da una idea sobre qué empleo buscar cuando me expulsen de la Policía —dijo amargamente—. Adiós, Minnie. Aléjese de Pullman, pero aléjese también de mí. Su barco y el mío se van a pique.

—Adoro las historias de naufragos. —replicó la muchacha.

Miller descendió del coche, le volvió la espalda y se alejó.

No tomó un taxi. Más allá de la esquina encontró un bar, y entró, porque necesitaba llamar por teléfono.

Deseaba hablar con Louetta Spring, la cantante de blues por quien Congo King se había perdido. Tuvo que llamar sucesivamente a tres personas para obtener sus señas. Al fin se las dio un agente de publicidad apellidado Carson. Louetta vivía en la pensión de una tal Mamie Burton.

Era una pensión de bastante categoría, pero exclusivamente para gente de color, o quizá incluso para artistas de color. Miller fue recibido por un botones e introducido en un salón, en el que destacaban dos grandes fotos, una de Marian Anderson y otra de Paul Roberson, con sus correspondientes dedicatorias.

Louetta Spring apareció envuelta en una bata azul celeste. Pese a su piel negra, era bonita. Sus grandes ojos denotaban inteligencia. Se comportaba con naturalidad.

—Lamento no venir estrictamente como admirador suyo —manifestó —, porque lo soy. La he oído cantar dos veces. Ambas interpretó los blues del Lago Solitario. Jamás nadie los ha cantado ni los cantará como usted.

Ella aceptó el elogio con una simple inclinación de cabeza.

—Me ha anunciado el chico que es usted de la policía.

—Sí.

—He leído en el periódico que Joe Hagan ha muerto asesinado. Supongo que es eso lo que le trae.

—¿Joe Hagan? ¿Se refiere a Congo King?

—Era su verdadero nombre.

—Es eso lo que me trae, en efecto. Necesito su ayuda. Usted es mi última esperanza.

—¿Para desenmascarar al asesino?

Miller hizo un gesto negativo.

—El asesino no está enmascarado: ha muerto ya. Pero debo saber por qué murió King. Saberlo me resulta imprescindible.

—¿Quién era el asesino?

—Stan Preston, un pistolero de San Luis pagado por Max Pullman.

—No me sorprende. King, o Joe, yo le llamaba siempre Joe, murió por querer jugar con fuego... Dígame, inspector: usted como hombre, ¿hace responsable a una mujer de las locuras que otro hombre pueda cometer por ella, contra la voluntad y contra los consejos de ella?

—Si el hombre es un tonto como Congo King, no, por supuesto. Usted no tiene nada que reprocharse.

—Pero creo que llevaré siempre clavado en el alma el recuerdo de esta calamidad. Me torturaba ya antes de que él muriese. Ahora... es horrible.

Hubo un breve silencio.

—Bien, ¿qué pasó? —preguntó Miller.

—Joe hizo trampa en su combate del pasado jueves: apostó seis mil dólares contra sí mismo y le cedió la victoria a su contrincante. Sabía que Pullman, su empresario, se daría cuenta, porque se hubiera dado cuenta hasta el más ciego; pero confiaba en pararle los pies con un chantaje. Joe aseguraba que tenía a Pullman a su merced y que no le temía. Era falso. Pullman se rió de su chantaje, le arrojó a la calle y le amenazó de tal modo que casi cayó enfermo de miedo. Joe era un cobarde... Usted no tiene idea de hasta qué punto era un cobarde.

—¿En qué consistía ese chantaje?

—Su plan era obligar a Pullman a consentir el tongo, a cambio de que él guardara silencio sobre unos hechos determinados.

—Pero ¿sobre qué hechos?

—No lo sé con exactitud. Era algo relacionado con una muchacha. Según parece, Pullman la había corrompido y echado a perder, y ella se había suicidado. Joe la conocía, quiero decir antes de lo de Pullman; y luego volvió a encontrarla y habló con ella la víspera de su suicidio, o cosa así. No estoy muy segura de que fuera eso.

—No está segura de los detalles, pero sí del fondo de la historia —puntualizó Miller con avidez.

—Exacto.

—¿Por qué no llevó a cabo King esos planes? Se hallaba en un callejón sin salida, materialmente estrangulado por Pullman. ¿Por qué no lo hizo?

—Porque le faltó valor. Pullman le desafió a que lo hiciera. Dijo que le daría toda clase de facilidades, pues no deseaba sino matarle y sólo buscaba un pretexto; dijo que le pegaría un tiro en cuanto abriera la boca, que estaba esperándolo y que él mismo le procuraría la ocasión...

«El mismo le procuraría la ocasión». Miller apretó los puños. Pullman cumplió su palabra. Para probar hasta dónde se atrevía a llegar Congo King, le envió a él a su encuentro. Había sido un juguete en sus manos,

un juguete cuyos servicios se pagaban con quinientos dólares metidos en un sobre azul. Todo estaba claro ahora.

—¿King le hizo a usted esas confidencias?

—Sí.

—Entonces, usted ha sabido enseguida que fue Pullman, si no quien materialmente le mató, el culpable indirecto de su muerte.

—Enseguida. Pero ¿de qué me servía saberlo? Era una convicción personal, sin pruebas, basada en lo que me contó un desdichado.. Joe Hagan, inspector, ha significado en mi vida una sombra tremenda, un problema insoluble. Le parecerá cruel, pero siento una especie de alivio al pensar que por fin me he librado de su acoso.

—Lo comprendo. ¿Mencionó King el nombre de aquella muchacha? ¿Usted lo recuerda?

—Ni remotamente.

—¿Cuándo se suicidó?

—A primeros del presente mes.

—¿Era una muchacha de color?

—Creo que sí.

Miller se encogió de hombros.

—Conforme, no la molestaré más. ¿Alguien está enterado de que usted conoce esas cosas?

—Nadie.

—Consérvelas secretas, por su bien. Si se celebra juicio sobre este asunto, posiblemente será llamada a declarar. Esa muchacha, ¿se suicidó en Nueva York?

—No.

—¿Dónde?

—No recuerdo. Vino en los periódicos. Joe leyó la noticia.

El detective aventuró:

—¿Fue en Omaha?

—¡Justo! ¡En Omaha, usted lo ha dicho!

—Gracias —murmuró Miller.

Se despidió de Louetta y abandonó la pensión.

CAPÍTULO XI

Miller pasó en una fracción de segundo del remoto ámbito de sus reflexiones a la más palpitante realidad. ¡Max Pullman había emprendido la ofensiva! Al extremo de la manzana, un coche arrancó cuando él trasponía el umbral de la puerta de la antigua y enorme

casona donde Mamie Burton tenía su pensión. Avanzó raudo. Y si algún estrépito produjo su motor, quedó ahogado bajo el tableteo de la metralleta que empezó a disparar por una ventanilla en cuanto el vehículo se puso en marcha.

Las balas descascarillaron la pared, rebotaron en el suelo, zumbaron, silbaron. Miller se precipitó hacia atrás, zambulléndose en el portal de la casa como en una piscina.

El detective sacó la pistola y se lanzó de nuevo a la calle cuando consideró pasado el instante de máximo peligro. Pero el auto daba la vuelta, con un doloroso chirrido de neumáticos. Regresaba. La metralleta disparaba otra vez. Un hombre yacía en tierra.

Miller hizo fuego tres veces. Supo que había dado en el blanco las tres, pero el coche no se detuvo y la metralleta no calló. Hubo de arrojar al suelo. Las balas hirvieron a su alrededor. Sintió un golpe. Sólo un golpe, sin dolor de ninguna clase. No obstante, cuando quiso incorporarse y volver a disparar, le acometió un mareo y le fallaron de repente las fuerzas. Se quedó tendido, con la vista fija en el automóvil: un «Mercury» negro, modelo de cuatro o cinco años atrás. Distinguía perfectamente la placa trasera de su matrícula. La grabó en su memoria.

Al fin se puso en pie, experimentando una vaga sensación de náusea. El auto doblaba en aquel momento la esquina. Sus ocupantes, sin duda, daban la tarea por terminada, pues ahora ya no regresaron. Después del estruendo de las armas, un curioso silencio flotaba sobre la calle; no un silencio real, porque una mujer chillaba histéricamente y estaba sonando el silbato de un policía.

El policía era un agente de la circulación que corría hacia el transeúnte herido. Miller echó a andar en la misma dirección. Una palpitación y un calor húmedo a un lado de la cabeza le indicaban que allí había sido alcanzado por un cascote, o quizá rozado por una bala, pero se había repuesto de su momentánea debilidad; y aunque al aplicarse un pañuelo a la zona lesionada lo retiró manchado de sangre, sabía que aquello no tenía importancia alguna.

El hombre que estaba en el suelo, en cambio, estaba tocado de consideración. Miller mostró su credencial al agente.

—No se mueva de aquí. Pediré una ambulancia y llamaré al Departamento.

El guardia asintió.

—Tiene un teléfono ahí detrás —se arrodilló junto al transeúnte—. Deprisa, esto es grave, ¡deprisa!

Miller pidió la ambulancia y dio su informe por el teléfono de un comercio de perfumería, cuyas dependientas, excitadas por el suceso, parloteaban como cotorras. Le hubiera gustado llamar también al teniente Duchesne, pero sus nervios no soportaban el vocerío.

Necesitaba un trago, de modo que se marchó en busca de un bar.

Tuvo la fortuna de encontrar a Duchesne en el Departamento.

—¿Me habla desde el precinto? —fue lo primero que le dijo el teniente.

—No.

—¿Desde cuándo no ha estado allí?

—Desde anoche.

—Como oficial de policía, mi deber es ante todo ordenarle que regrese inmediatamente y se presente al capitán. Ahora, haga usted lo que guste.

—¿Qué pasa?

—Lo sabe de sobra. No sólo no ha entregado usted su informe, sino que hace un rato ha cometido la incalificable absurdidad de matar a un hombre en el gimnasio de Pullman. Le comunico que está momentáneamente suspendido en sus funciones. Si no se apresura a rendir cuentas de sus actos, será dictada orden de captura contra usted.

Miller respiró profundamente.

—Muy bien, ha cumplido, usted con su deber. Vamos a otra cosa. Pullman acaba de atentar contra mi vida. Según parece, sus pistoleros venían siguiéndome desde el gimnasio. La técnica de siempre: un auto, una metralleta, un par de pasadas... Me he librado con un simple rasguño.

—Está usted muy seguro de que es Pullman quien se encuentra en el fondo de todo eso.

—Completamente seguro. Las incógnitas se han desvanecido ya, teniente. Fíjese. Max Pullman gobierna una organización de trata de blancas cuya verdadera extensión desconozco, aunque, por las trazas, es considerable. Svensen era uno de sus instrumentos y operaba desde el hotel Kranz, vigilado y dirigido por Erno Benedici, uno de los lugartenientes de Pullman, que se hospedaba en el mismo hotel. Una de las piezas cazadas por Svensen fue Alma Crookes, en cuya caza cometió un grave error. Alma no estaba del todo sola en el mundo, pues tenía, por lo menos, a Johnny Saxon. Johnny adivinó algo feo en la cuestión. Se dedicó a husmear en torno a Svensen y encontró un rastro que le condujo a Pullman. Probablemente no sabía lo que buscaba, probablemente se proponía tan sólo disponer de un arma para vengarse de Svensen y desacreditarle ante su chica. Llegó hasta Pullman, pero éste se hallaba fuera de su alcance. Y entonces ocurrió lo de Congo King. Johnny lo supo a través del agente de apuestas que King había utilizado, y aprovechó aquella estupenda oportunidad de acercarse a Pullman. Se acercó demasiado. No tardó en descubrir la horrenda realidad. Dudo que viviera ni media hora después de haberla descubierto.

—Un momento —atajó Duchesne—. ¿No cree que todo eso es

demasiado importante para tratarlo por teléfono?

—Tengo prisa.

—Aguarde, ¡mil diablos! ¿En qué se tunda para acusar a Pullman de gobernar ese negocio? ¡Es solamente una hipótesis, y todos sus alegatos se desmoronarán si resulta falsa! ¿Ha investigado el paradero de las muchachas cuyos nombres obtuvo de la correspondencia de Svensen? ¿Ha comprobado su desaparición?

—No es necesario.

—¡Por Dios, Miller, sea razonable!

—Eso es lo que soy: ¡asquerosamente razonable! ¿Qué quiere usted? Los acontecimientos corrieron más que Johnny Saxon y ni siquiera le permitieron salvar a Alma de su espantoso destino, ¡pero no consentiré que corran más que yo! ¡Le pegaré un tiro por las buenas a Pullman si no me queda otro remedio!

—¡Serénese, Miller! —el teléfono vibró bajo la voz enérgica y colérica del teniente—. Infiernos, ¿qué le pasa a usted? ¡Un policía no puede apasionarse de ese modo!

—Desde luego, O'Neill y los cerdos como O'Neill no se apasionarían. Pero yo no tengo tripas para soportar la inmundicia que voy descubriendo. ¡Y pensar que O'Neill me dijo anoche que Pullman es un firme puntal de la ley y un ciudadano de pro...! ¿Qué comisión le parece que cobra por cada muchacha que se echa a perder en Harlem?

Hubo un silencio.

—De acuerdo —dijo Duchesne—. Estoy moralmente con usted, aunque oficialmente no pueda apoyarle. De usted depende todo ahora. Si triunfa, nadie le negará la razón; si fracasa, ni siquiera mi ayuda le salvará de la catástrofe. Siga.

—Vamos a lo de Congo King, a quien Pullman se vio también obligado a imponer silencio eterno... Ayer me dijo un buen sujeto llamado Finnegan, que esa historia del tongo podía no ser lo que parece. Lo es y no lo es. King preparó y efectuó su maniobra guardándose una baza en reserva. Su tongo era en realidad un chantaje indirecto, pues esperaba que Pullman se avendría a echarle tierra encima al asunto a cambio de que él guardase silencio sobre determinadas cosas. Pero Pullman no se avino a nada. No le tenía ningún miedo al negro. Llegó a decirle que aguardaba el momento en que intentara abrir la boca para poder pegarle justificadamente un tiro, y King le creyó; con motivo, pues era cierto. Pullman añadió que le proporcionaría toda clase de ocasiones para que hablase. También era cierto. Yo fui una de tales ocasiones. Me envió al encuentro del negro, a quien Stan Preston vigilaba, y cuando aquél, suficientemente borracho para sobreponerse a su terror, decidió confiarse a mí, Preston lo expulsó de este mundo. Afortunadamente, Congo King no se llevó su secreto consigo. Lo que

sabía de Pullman estaba relacionado con una de las víctimas de su organización, una Alma Crookes negra que a primeros del presente mes se suicidó en Omaha para escapar de su miserable suerte. King conocía a la muchacha en cuestión, así como los detalles de su desgracia. Esto le hubiera hecho a Pullman un daño terrible.

—¿Usted los conoce igualmente?

—¿Los detalles? El nombre de la muchacha se publicó en la prensa cuando ocurrió el suceso.

—Pediré datos al FBI.

—No se trata de Omaha, Nebraska, sino de Omaha, Nueva York.

—No sé de ninguna Omaha en este estado.

—Yo tampoco, pero parece que existe.

—¿De quién ha obtenido esos informes?

—De diversas personas. Y tengo más. Le he mencionado a uno de los lugartenientes de Pullman, Erno Benedici, el cual dirigía las actividades de Svensen. Benedici posee un bar en Harlem, el Jungle Snack, regentado por un negro llamado Jones, que es uno de los focos de la trata y un mercado clandestino de estupefacientes. Si da usted pronto una batida en Jungle Snack y detiene a Benedici, nos habremos apuntado un buen tanto.

—De modo que Erno Benedici...

—Sí.

—Perfectamente, Miller. La batida se dará. Pida usted a Dios que no sea en vano y que el tanto nos lo apuntemos contra Pullman.

—¿Hay noticias de la Oficina de Desaparecidos? Quiero decir noticias sobre Alma Crookes.

—Una sola. La única que era de esperar: se ha localizado el taxi que tomó al salir del hotel. La condujo a Cromwell Square, a la terminal de los autobuses de Rochester. Su rastro se pierde allí. Los muchachos de la oficina no han conseguido averiguar si tomó o no el autobús de las siete treinta de la mañana. Aunque parezca imposible, nadie reparó en ella. Dicen que a aquella hora partieron tres coches llenos. Yo no me explico que la gente salga de viaje tan temprano, pero así debe de ser.

—Usted me ha prometido esta mañana trabajar a presión —recordó Miller. Estaba pensando: «Cromwell Square..., autobuses de Rochester..., Omaha..., los lagos Dedos». Podía ser una pista—. Bien ¿cuál es el resultado de su trabajo?

—Le he dicho que viniera a conocerlo a las dos.

—En otras palabras que el resultado es nulo.

—Por ahora.

—Algún día me contará cómo se las ingenió usted para ascender a teniente y cómo logra mantenerse en el empleo sin mover un dedo. Me interesa.

—Es sencillo —Duchesne rió metálicamente—. Todo consiste en rodearse de los agentes apropiados. Ellos mueven sus dedos. Yo muevo solamente mis ideas. ¿Algo más, Miller?

—No.

—Si alguien esperaba para usar el teléfono detrás de usted, le compadezco. ¿Quiere decirme qué va a hacer ahora?

—No.

—¿Cómo?

—No se lo diré. Cuando mis compañeros del precinto le pregunten dónde paro y en qué me ocupo, conteste que no lo sabe y no mentirá.

—¡Tenga cuidado! ¡Le prohíbo...!

—Estoy suspendido en mis funciones, teniente. De ahora en adelante ya no obro como policía. Soy únicamente Steve Miller, un hombre que tiene una pistola... y que la usa. Adiós.

Miller colgó el teléfono.

En una cosa había acertado plenamente Duchesne: un negro flaco, de cabello gris, paseaba nerviosamente ante la cabina telefónica, mordiéndose de impaciencia las uñas. Había esperado lo suyo.

—Lo siento, hermano»—gruñó el detective—. Todas las suegras son charlatanas.

Se dirigió al bar y pidió un whisky doble.

«Omaha», pensó. Su conciencia repitió el nombre encadenándolo en un sonsonete inacabable: «O-ma-ha o ma ha o ma ha o-ma-ha...» ¿Qué podía haber en Omaha? ¿Qué había sucedido allí? ¿Qué negocios tenía Pullman en aquel lugar?

Apuró el whisky de un trago y se marchó.

Le informaron en una agencia de viajes de la Tercera Avenida. La empleada que la atendió consultó con otra de más edad, examinó primero un folleto, luego un libro, y al fin asintió con una sonrisa.

—No es exactamente una población, señor. Hace algunos años hubo allí un hotel frecuentado por pescadores, excursionistas y parejas en luna de miel. Un bello lugar turístico, cuyo nombre exacto es Omaha Cradle Point. Ahora se ha convertido en propiedad privada.

—¿A quién pertenece?

—Lo ignoramos, señor.

—¿Dónde está?

—Al norte de los lagos Dedos, entre Rochester y Syracuse. Puede usted tomar el ferrocarril, o bien los autobuses de Rochester.

—¿En Cromwell Square?

—Eso es. Pero ni los autobuses ni el ferrocarril le dejarán exactamente en Omaha, sino en Dillon, a una milla de distancia.

—¿Qué horario tienen los autobuses?

—Desde las siete y media de la mañana a las siete y media de la tarde, cada hora. Ocho y media, nueve y media, etcétera.

—Muy agradecido.

A la una y media menos cinco minutos, Miller estaba en Cromwell Square. El autobús, una inmensa mole azul y plata, con el rótulo «Rochester Express», se hallaba a punto para la partida, detenido ante la estación terminal.

Junto al autobús había un hombre grueso, con cara de bulldog, que vestía un abrigo impermeable.

—Lo siento, Miller —dijo. Su expresión confirmaba sus palabras—. Tendrás que acompañarme.

Era el agente detective Cassidy, compañero de Miller en él precinto.

—¿Cómo demonio has sabido que me encontrarías aquí?

—La Oficina de Desaparecidos ha comunicado que Alma Crookes fue vista en esta estación por última vez. O'Neill ha supuesto que vendrías a husmear tarde o temprano.

—¿Qué hay contra mí?

—Una denuncia. Pullman te acusa del asesinato de Stan Preston.

Miller titubeó.

—Acompáñame. Es un minuto.

Echó a andar hacia el interior de la estación, y Cassidy no tuvo más remedio que seguirle. Le condujo a los lavabos.

En los lavabos no había nadie. Apenas hubo traspuesto el umbral, Miller giró velozmente sobre sí mismo. Empuñaba su pistola. La dejó caer sobre el cráneo de Cassidy, y el hombre de cara de bulldog lanzó un resoplido que parecía de sorpresa. Pero no era exactamente de sorpresa. Miller le sostuvo por los sobacos cuando perdió el conocimiento y le ayudó a caer al suelo sin ruido.

Estaba libre. Sin embargo, su idea de tomar el autobús hacia Omaha ya no servía. Cassidy daría la alarma en cuanto se repusiera del golpe, y él sería detenido en un punto cualquiera del trayecto. Había que buscar otra solución.

Desde la misma estación, mientras el Rochester Express partía, llamó por teléfono a un hombre apellidado Holborn, un viejo conocido a quien sacara cierta vez de un apuro grave.

—Préstame tu coche por unas horas, Holborn —pidió—. Cuestión de vida o muerte. De mi vida o mi muerte, Holborn, no te engañe...

Tuvo en sus manos las llaves del coche diez minutos después.

Capítulo XII

PARECÍA una caja de zapatos con tres hileras de orificios rectangulares. Evidentemente, el arquitecto que construyó aquella casa no se había exprimido el cerebro, como se dice a veces. Sus líneas armonizaban con el paisaje como armonizaría con las dunas del Sahara un igloo esquimal. Era bastante grande, aunque, como hotel, no demasiado. Debía de tener entre veinticinco y treinta habitaciones.

El lugar sí era bello: unas colinas boscosas dispuestas en circo frente al extremo del lago. Un riachuelo. Una amplia pradera, en la que se veía un gran cobertizo, como si se la utilizara para aeródromo.

Steve Miller lo examinó todo a la luz del crepúsculo, desde su asiento en el coche. No se percibían signos de vida, aunque tampoco señales de descuido. Pero luego, cuando apretó el pedal del gas para recorrer los últimos metros, se iluminaron las ventanas de la planta baja del edificio; y apenas se detuvo ante la puerta, ésta se abrió.

Apareció una mujer alta y corpulenta, de cabello gris y ropas grises, que permaneció en el umbral en actitud amistosa.

Miller se apeó y dijo:

—Creo que he dado con lo que buscaba. ¿Estoy en Omaha Cradle?

—En efecto, señor, y sea bienvenido.

—¡Magnífico! —el detective sonrió enseñando los dientes—. He venido a visitar a la señorita Alma Crookes.

La mujer se le quedó mirando sin variar de expresión. Tenía un rostro cuadrado, fuerte, poco femenino. Sus ojos eran grises como toda ella, fríos y lejanos.

—Pase, por favor —replicó—. Avisaré al señor Hood.

Miller pasó. La puerta, el vestíbulo, lo que se veía del interior, conservaban su aspecto de hotel turístico. Ni la decoración ni los muebles habían sido cambiados.

—¿Quién es el señor Hood?

—Es el propietario, señor —aclaró la mujer amablemente—. Usted sabe, sin duda, que ésta es ahora una residencia particular. Yo soy su ama de llaves. ¿El nombre de usted, si me permite?

—Miller.

—Muchas gracias.

Era incomprensible. Reinaba en el ex hotel un silencio de tumba,

pero la calefacción estaba encendida y no se advertía un átomo de polvo. Sólo a un millonario excéntrico podía ocurrírsele vivir así.

Era incomprensible además que a un desconocido que llegaba preguntando por Alma Crookes se le recibiera como a él le recibían. Mientras el ama de llaves le ofrecía el salón contiguo al vestíbulo para que aguardase, Miller sintió que su mente vacilaba. Estaba absolutamente desconcertado. Todo aquello resultaba irreal, absurdo, desquiciado, como si ocurriera en un sueño.

Hood compareció enseguida: un hombre asombrosamente vulgar ligeramente calvo, de facciones borrosas, vestido con chaqueta de cuero y pantalones de franela, que llevaba una pipa apagada en la mano.

—¿Señor Miller? —preguntó.

Podía ser cualquier cosa, desde un comerciante a un abogado o un agente de seguros. Había centenares de miles de individuos iguales a él en Nueva York.

—He venido a visitar a Alma Crookes —declaró el detective.

—¡Cuánto lo siento! ¿Desde cuándo no tiene usted noticias de la señorita Crookes?

—Desde el día que partió hacia aquí.

—¿O sea el pasado sábado?

—Exactamente.

«¿Por qué no niega que Alma haya venido? —pensó Miller—. ¿Qué demonio significa esto?»

—¿Es usted un allegado suyo?

—Un buen amigo.

Hood sacudió tristemente la cabeza.

—¡Qué lamentable! Me veo en la precisión de comunicarle, señor Miller, que la señorita Crookes falleció el lunes de la presente semana... Una infortunada noticia para usted, supongo. Era verdaderamente una joven deliciosa.

—¿Muerta? —repitió el detective entre dientes—, ¿Se burla usted de mí?

—Nada más lejos de mi intención.

—¿De qué murió?

Hood se encogió de hombros.

—Los perros —dijo, mirando cara a cara a Miller—. Los perros la destrozaron durante la noche. Tengo seis soberbios mastines, capaces de desnucar a un hombre de una dentellada. Normalmente, como ahora, están encerrados, pero los suelto en caso de necesidad... ¿Le gustaría ver la tumba de la señorita Crookes?

Miller preguntó abruptamente:

—¿Por qué soltó esa noche los perros?

—Porque la señorita Crookes trataba de escapar.

—¿Quiere decir que los soltó contra ella?

—Naturalmente, señor —Hood sonrió con placidez—. No podemos consentir que nuestras pupilas huyan. Sería el escándalo, nuestra ruina... Imposible, ¡imposible! Esa pobre muchacha sabía lo que la esperaba si lo intentaba. Corrió el riesgo a pesar de todo.

Miller tragó saliva.

—¿Estoy loco o lo está usted?

—Probablemente ninguno de los dos.

—¡Soy un agente de policía!

—Lo era usted, señor Miller. No se preocupe, conozco su historia y esperaba su visita. ¿Por qué no hemos de afrontar los hechos con realismo? ¿Por qué voy a engañarle? —Hood inspeccionó tranquilamente el contenido de su pipa—. Usted sabe de sobra en qué lugar se encuentra. Las jóvenes que nuestra organización recluta en Nueva York son traídas aquí, las adaptamos durante corto tiempo a su nueva situación, les buscamos un destino conveniente y las sacamos del país a través de la frontera del Canadá, que está solamente a unos kilómetros. Todo suele marchar a pedir de boca, salvo en unos pocos casos... los mastines han hecho ya dos víctimas. Otra, una muchacha negra particularmente rebelde, se arrojó al lago y se ahogó. Ello nos ocasionó algunas molestias, pues su cadáver fue encontrado por un pescador de Dillon, el pueblo más próximo, y se abrió una encuesta que dictaminó suicidio. Las autoridades de Dillon sienten gran respeto por mí y por la señora Kahn, mi ama de llaves. La encuesta recibió de nuestra parte la máxima colaboración. Este es un país confiado y pacífico, ¿comprende?

Miller sentía asco, un asco frío y viscoso pegado al alma.

—¿Por qué me cuenta todo eso?

—¿No es acaso lo que deseaba comprobar? ¿No es lo que, muy fundadamente, por cierto, sospechaba ya?

—¡Puedo detenerle por trata de blancas y asesinato! —exclamó el detective.

Se dio cuenta de lo estúpidas, de lo ingenuas que sonaban sus palabras, apenas las hubo pronunciado.

Hood se echó a reír.

—No, amigo mío, eso sí que no puede hacerlo... ¿De veras no le gustaría ver la tumba de la señorita Crookes? ¿Ni siquiera si le digo que esta noche será usted enterrado junto a ella?

—¡Baladronadas!

—Odio las baladronadas. Es una pena que no llegue usted a conocerme bien, señor Miller. No son solamente mastines lo que tengo para guardar la finca. Hay seis hombres. Uno de ellos está

encañonándole en este momento, y le pegará un tiro en la nuca si intenta sacar la pistola... Me han hablado de que es usted temerariamente aficionado a sacarla, de modo que procure tomar precauciones.

Miller, con las manos abiertas y los músculos tensos, miró en torno.

—Aquí no hay nadie.

—¡Jimmy! —llamó Hood, sin alzar la voz.

Un muchacho pelirrojo apareció en la puerta que comunicaba con el vestíbulo. Tenía amartillada una metralleta.

—No le quito ojo, jefe —dijo.

Hood volvió a reír.

—¿Se convence?

El cerebro del detective comenzó a funcionar. Le era preciso encontrar una salida a la situación. Seis hombres armados, seis mastines, ¿y qué? ¿Debía resignarse a morir como un cordero?

—Dice usted que esperaba mi visita. ¿Le ha telefonado Pullman?

—No.

—Pero usted trabaja para Pullman.

—Yo trabajo para él, y él para mí. Somos socios. El ha puesto el capital, la influencia y las relaciones, y yo he puesto la experiencia. He pasado diez años explotando este negocio en San Luis. Conozco, ¿usted me entiende?, el terreno que piso.

—¿Diez años en San Luis? —replicó Miller desdeñosamente—. ¿Qué era allí? ¿Barrendero?

—¿Por qué barrendero?

—Nunca le he oído mencionar.

—Apuesto a que sí —Hood sonrió—. Apuesto a que incluso le han dicho que he salido del país porque las cosas se me habían puesto feas. Mentira. Mi verdadero nombre es Frank Luprata.

«Frank Luprata», repitió el detective para sí. Aquel nombre lo cambiaba todo. Ahora tenía conciencia exacta del peligro que corría. Luprata había sido el gran caíd inviolable de San Luis. Astuto, sanguinario, poderoso, cualquier cosa podía esperarse de él.

Naturalmente, Luprata había trasplantado a Nueva York, concretamente a Harlem —una ciudad dentro de otra ciudad—, sus actividades y su equipo de pistoleros. Harlem tenía mucho en común con San Luis. Tenía además un Max Pullman en plena carrera ascendente, bien situado, bien relacionado, bien protegido. Luprata debía de estar conociendo sus vacas gordas.

En el vestíbulo sonó el rumor de una conversación.

—Max Pullman no me ha telefonado —añadió Frank Luprata suavemente—. Ha llegado en su avioneta hace una hora. Nunca le he visto interesarse por nadie como se interesa por usted, señor Miller. Ha

dicho que el espectáculo de su muerte no quería perderselo a ningún precio... Caprichos tontos, ¿no le parece?

Miller reflexionaba.

—¿Cuántas muchachas hay ahora aquí?

El rumor de la conversación iba aproximándose.

—Ninguna. Lo ocurrido con la señorita Crookes nos ha aconsejado unos días de prudencia. ¿Por qué lo pregunta?

A Miller le latía el corazón violentamente. Tenía que hacer algo, tenía que hacerlo, ¡tenía que hacerlo!

Una de las voces que conversaban era la de Pullman. De un momento a otro entrarían en el salón.

—Simplemente, por preguntar.

Entraron.

Max Pullman iba delante. De los dos pistoleros que le seguían, uno era el hombrecillo de cabello rizado que hablara con Preston en el bar de Finnegan. El otro era un desconocido.

Los tres cubrieron la puerta: ¡cubrieron al muchacho que vigilaba metralleta en mano detrás de la puerta!

Miller con la rapidez del relámpago, se precipitó contra Luprata al tiempo que sacaba su pistola, y le pegó un mazazo en el cráneo dos veces más violento que el que horas antes abatiera a Cassidy. Su acción tomó a todos de improviso. Agarrando a Luprata antes de que cayera, lo utilizó como escudo y disparó. El blanco que había elegido era Pullman, pero el peso y el balance de: hombre de San Luis desviaron su puntería. La bala se estrelló en la pared.

Los dos compañeros de Pullman desenfundaron sus armas en una fracción de segundo y tiraron desesperadamente. Miller se encogió. Notó cómo los proyectiles se hincaban en el cuerpo inconsciente de Luprata. El escudo le había servido, pero era una protección demasiado precaria. Respondió al fuego. Tocó al hombrecillo de cabello rizado en el vientre, y al otro en la cabeza. El primero chilló como un ratón.

Pullman, aterrorizado, se precipitó a la puerta en el preciso momento en que el muchacho pelirrojo la franqueaba para entrar en la habitación e intervenir en la lucha. Ambos chocaron rudamente. Pullman perdió el equilibrio y, blasfemando, cayó de rodillas. Pero las consecuencias del encontronazo fueron para el muchacho mucho peores. El instante que su intervención se retrasó permitió a Miller disparar primero. Le metió dos balas en el tórax. Luego corrió a la puerta. Pullman, a gatas, avanzaba en la misma dirección. Lo apartó de un puntapié en la cara, cerró y echó el pestillo.

Cuando miró en torno, el pelirrojo y el acompañante de Pullman estaban muertos. El hombrecillo del cabello rizado agonizaba. Frank Luprata parecía muerto también. Sólo Max Pullman, sentado en el suelo,

con la nariz y la boca sucias de sangre por el golpe que acababa de recibir, le contemplaba lleno de vida.

—Ahora soy el amo —dijo Miller, y se sentía el amo de verdad—. Tengo armas y municiones y te tengo a ti, Pullman, en rehenes. Esto se acabó.

Pullman babeaba de miedo. Trató de hablar:

—No..., no..., no...

El detective soltó una carcajada.

—¿Por qué no sacas tu pistola y te defiendes, cerdo? ¿Vas a consentir que te lleve así a la silla eléctrica?

—¡Yo... no tengo pistola!

—¡Coge una de esas!

Pullman hizo un esfuerzo para serenarse.

—¡Por favor, Miller! ¡Llegaremos a un acuerdo! ¡Por favor!

—No hay acuerdo posible desde que sé lo que sé. Alma Crookes salió de Nueva York alegre como no lo había estado nunca. Iba a empezar una nueva vida? Ilusionada como una niña, llena de entusiasmo, vino aquí... ¡Una nueva vida! ¡Y dos días después prefirió dejarse despedazar por los perros a vivir la vida a que tú la habías condenado! ¡Oh, Pullman, si pudiera matarte con mis propias manos, canalla miserable!

—¡No! —Pullman vio súbitamente asomar el infierno a los ojos del detective—. ¡Miller! ¡Miller!

Miller soltó la pistola. Se inclinó sobre el gángster, lo asió de las solapas y lo puso en pie a la fuerza. Después empezó a pegar. Fue como precipitarse a una vorágine. Pegó por Alma, por Johnny Saxon, por Congo King, por sí mismo, por su honrada conciencia de policía, por la bajeza y la miseria de sus compañeros, por la miseria y la bajeza del mundo. No vio, no oyó. No se enteró de que alguien zarandeaba la puerta del salón, de que una ráfaga de metralleta hacía añicos los cristales de la ventana, de que sonaban gritos, de que un violento tiroteo estallaba a su alrededor. Hubieran podido matarle cómoda e impunemente, porque en aquel momento ya no le importaba morir.

Cuando terminó, agotado, Max Pullman era una piltrafa harapienta y sangrante.

—Miller —llamó una voz serena.

El detective se llenó de aire los pulmones.

Reinaba en torno un gran silencio. Una gran paz.

—Miller, ¿no me oye?

El teniente Duchesne estaba apoyado en la pared, contemplándole con los brazos cruzados. Dos agentes armados se hallaban parados en la puerta.

Miller articuló:

—¿Qué hace usted aquí?

—He venido en su busca. Estas es la Omaha de Nueva York. Yo también sé seguir una pista.

Pullman en el suelo, respiraba débilmente. Apenas tenía figura humana.

El detective le miró y se miró las manos desolladas de tanto golpear, hinchadas, manchadas de sangre.

—He terminado —murmuró—. Vamos a donde usted quiera.

Echó a andar.

Duchesne le asió del brazo y, al pasar al vestíbulo, hizo un signo a un hombre vestido de paisano que se encontraba detrás de los dos agentes.

—Ocupese usted de todo, Walker. Nos veremos más tarde en el Departamento. Yo arreglaré el asunto con las autoridades del estado.

Había policías por doquier, pero Miller no los miró. Anduvo en silencio hasta los coches detenidos ante la casa. El suyo, el que le había prestado su amigo Holborn, estaba en primer término.

—¿Le importa regresar en éste? Quiero devolverlo esta misma noche.

Duchesne abrió la portezuela sin responder, pero se sentó él al volante. Había cerrado por completo la oscuridad. Los faros iluminaron la bella carretera flanqueada de abetos. El auto arrancó.

—¿Cuál es mi situación? —preguntó Miller, cuando hubieron dejado Dillon atrás.

El teniente le lanzó una rápida mirada.

—¿Se da usted cuenta de lo que ha hecho?

—¿Se da usted cuenta de que no lo ha impedido, aunque podía?

Duchesne rió en un susurro.

—Es usted un engendro del diablo, Miller. Si los agentes como usted abundaran, creo que la policía se me haría insoportable.

Miller repitió:

—¿Cuál es mi situación?

—Completamente libre, bajo mi responsabilidad.

—Gracias.

—No hay de qué darlas. Envíe mañana su famosa dimisión al precinto, tómese tres o cuatro días de vacaciones y comparezca luego por el Departamento. Yo redactaré el informe sobre Max Pullman. Cuando sus vacaciones terminen, empezará a trabajar conmigo. En la Brigada le necesitamos. Arreglarlo costará poco.

El detective se desperezó.

—Le haré la Brigada insoportable.

—No me interprete mal. Los hombres como usted no abundan.

El coche había entrado en la autopista de Rochester y avanzaba a enorme velocidad.

—¿Quiere un consejo? —añadió Duchesne—. Tome un baño al llegar

a casa, múdese de ropa, llévase una muñeca a bailar por ahí e hínchese de whisky él resto de la noche. Conozco el estado de espíritu en que se encuentra. Ciertas cosas que le ocurren a uno en la vida hay que celebrarlas o reventar.

Miller preguntó:

—¿Una muñeca?

—No me diga que un hombre como usted no tiene siempre una muñeca a mano.

Hubo un largo silencio.

—Tengo una —murmuró el detective.

Estaba pensando: «Betsy Burke.»

¡La noche terminaría bien!

F I N

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO
las primeras ediciones
de las obras de
M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.